El Club de los solteros 5

Una dama en apuros

Julianne May



Selecta

Una dama en apuros

SERIE
El club de los solteros 5

Julianne May

Selecta

Para quienes han descubierto que la felicidad no es un destino o una meta,
sino que se trata del propio camino de la vida

Prólogo

Londres. Julio de 1813

«Solo unas semanas. Solo… unas semanas», pensó Sienna Leroy mientras, junto con Francis Jones, bajaba del coche para entrar en la residencia de los Thompson.

Estaba nerviosa, demasiado, y, a pesar de su gran esfuerzo, disimular se le tornaba cada vez más difícil. Pero no se culpaba. Tenía motivos. O, mejor dicho, «un gran y único motivo».

Al alejarse de la berlina, Sienna caminó del brazo de Francis, aunque sin emitir una sola palabra. Temía que la voz le temblara, y eso era peor y más sospechoso que mantener el silencio.

No era la primera vez que asistía a una velada en aquella residencia, mas el corazón le latía como el de una debutante desesperada.

¿Qué le ocurría? No lo sabía con precisión, aunque la razón buscaba convencerla de que los nervios se debían al miedo a que ella y Jones fueran descubiertos. Quería creer que el motivo de su estado angustiante era la posibilidad de que su compromiso fuera desvelado. Y tenía sentido; después de todo, aquella temporada era la primera en la que la curiosidad de uno de los miembros del club

de los solteros los estaba acorralando contra la pared.

Sin embargo, cada vez que lo pensaba, su corazón estallaba en un peligroso galope difícil de contener, mas no tanto por el peligro que corría su negocio, sino por lo que ese hombre le provocaba al solo rememorar su nombre.

Recordó la profundidad de los ojos de aquel sensual demonio y, sin poder evitarlo, una profunda exhalación le brotó de los labios justo al entrar, lo que, de inmediato, captó la atención de Francis.

—¿Te encuentras bien? —inquirió él, medio preocupado.

Veloz y ansiosa, Sienna asintió con la cabeza, pero no emitió un solo sonido.

Las cejas de Jones se fruncieron.

Entendía que esa temporada estaba resultando un desafío extremo, mas no era propio de ella reaccionar tan fría y distante; al menos no con él.

La observó de reojo, dispuesto a comentar sobre su extraña reacción, pero, al descubrir que a unos pasos los anfitriones los recibirían, optó por hablarlo después, quizá al terminar el baile.

Sienna, agradecida por que no le hubiera insistido, respiró profundo. Sabía que si Francis hurgaba un poco más —solo un poco más— la descubriría. Descubriría la verdadera razón de su angustia, el motivo real de sus desenfrenados latidos. Descubriría que, para entonces —incluso en contra de su voluntad—, otro hombre se había adueñado de sus suspiros. Descubriría que la causa de su malestar tenía nombre y apellido.

Sin siquiera recordar absolutamente nada del recibimiento por parte de los Thompson, ingresó al salón junto con Francis, enfocados en sus roles de «primos».

La enorme sala resplandecía bajo una exquisita decoración estilo Adam. Los tonos fríos y azulinos destacaban el buen gusto de la

señora Thompson, y los invitados —casi todos de las estirpes más respetadas del reino— le asegurarían a la familia anfitriona ser el foco en las conversaciones de los próximos días.

Ambos, sin decirse una sola palabra, caminaron observando entre los asistentes con suma atención, hasta que Sienna, sin poder evitarlo, dejó de respirar. Sus ojos grises habían detectado la presencia de quien le había robado la calma desde el momento en que lo conoció.

Fueron unos segundos, solos unos pocos segundos, pero que ella sintió una eternidad al verlo allí, en la otra punta del salón, próximo a una puertaventana.

Poco importaron los años de experiencia que le habían dado una larga vida en el teatro. De nada sirvió la maestría con la que había manejado a los hombres ni su aire de hechicera, pues allí estaba, temblando como si hubiera sido la primera vez que veía a un hombre. Y no a uno cualquiera, sino a él: William Hutton, uno de los últimos solteros del club.

No quería mirarlo, no quería que la descubriera, pues ya no estaba segura de si podría controlar las emociones que él le provocaba. No obstante, en contra de la súplica por parte de su razón, los ojos de él, oscuros e intensos, se clavaron en los de ella, tal como cuando un depredador elige a la presa.

De inmediato, el corazón de ella se lanzó a una carrera salvaje y necesitó de una profunda respiración para cortar el contacto visual y así recobrar una momentánea calma.

—Solo veo a Christine, y debemos estar seguros de que todos y cada uno de los miembros del club estén presentes —soltó Francis, con lo que la regresó a la realidad. Este, sin dejar de buscar entre los asistentes, se detuvo en una de las esquinas del salón y, recién en ese instante, bajó la vista hacia Sienna—. Iré a verificar hacia el

otro lado. Tú quédate aquí. Y, si no ves a nadie, no te tardes y comienza a dar vueltas en busca de alguna señal.

No esperó a que siquiera Sienna le respondiera; se marchó directo hacia uno de los extremos opuestos, donde un grupo de caballeros conversaban animadamente.

Un intenso frío envolvió a Sienna. No supo por qué, pues estaba muy acostumbrada a su trabajo, mas la vulnerabilidad que sentía en ese momento la llevó a percibir la partida de Francis como un abandono. Quizá fuera el paso del tiempo, el hartazgo de lo que se mostraba como una eterna espera que jamás la llevaría a cumplir el sueño de casarse con él. No lo sabía. Lo único que en ese instante sintió fue una profunda soledad que pareció burlarse de la fragilidad de su alma.

Se miró las zapatillas de baile y, tras suspirar, alzó la mirada hacia el salón. Sin embargo, cuando sus ojos, traicioneros, la guiaron hasta la puertaventana, Sienna frunció las cejas al no ver la figura de William.

Sin pensarlo, avanzó entre los invitados. En el camino, saludó con una sonrisa agridulce a Eliza Leigh —que acompañaba a la estratega de lady Browne en lo que de seguro sería la pronta caída del baronet Charles Capell— y caminó, con disimulo, hasta salir a la terraza.

—Maldito Hutton… —murmuró entre dientes, y exhaló con fuerza al tiempo que apoyó las manos sobre la balaustrada de piedra.

Miró el cielo, cerró los ojos en busca de un poco de paz y, al sentir una suave brisa acariciarle el rostro, sonrió. Hacía tanto tiempo que no curvaba los labios de forma sincera… Hacía tanto tiempo que no se sentía libre y calma que aquella caricia de la noche le supo a consuelo… hasta que una gruesa voz la regresó a la descontrolada realidad.

—Señorita Jones, qué sorpresa encontrarla aquí.

De inmediato, Sienna se giró para quedar de frente al hombre que acababa de hablarle, pero no tardó en descubrir el error de su movimiento cuando la mirada oscura y penetrante de él se sumergió en la aterrada de ella.

—Más llamativo es encontrarlo a usted aquí fuera, señor Hutton. Cualquiera diría que ha salido tras de mí.

William sonrió de lado al tiempo que, cauteloso, caminó hacia Sienna.

—Cualquiera diría que, en realidad, usted me ha seguido a mí. Y si mi capacidad secuencial no está dañada, hasta donde sé, quien salió primero fui yo. —Se detuvo; solo un paso separaba a uno de otor.

Sienna, al notar la aproximación, tragó saliva. Debía tomar distancia. Cuanto antes.

—Cualquiera que fuera el caso, no es prudente, señor Hutton. Así que, si me disculpa, me retiraré. —Y, sin darle espacio a réplica, optó por descender al parque por una de las escaleras laterales, pues, de haberse animado a regresar al salón, habría existido la posibilidad de que él la hubiera detenido antes de que entrara, sin contar la cercanía a la que se habría expuesto.

Acelerada y sin pensar hacia dónde se dirigía, caminó sin cesar. Era una obviedad que William no la seguiría —al menos fue lo que la lógica le aseguró—, pues si había un tipo de hombre que no deseaba por nada en el mundo ser encontrado con una mujer a solas, ese era, sin duda alguna, un miembro del club de los solteros. No obstante, la intuición la había impulsado a prácticamente escapar de él.

Agitada y tras analizar el absurdo de su huida, Sienna se detuvo a respirar profundo, pero, cuando lo hizo, una enorme y estrafalaria glorieta, que estaba a solo unos pasos, la hechizó. Estaba cubierta de robustas rosas rojas, la flor más amada por ella.

Despacio, se aproximó a una de las tantas que sobresalían y, luego de cerrar los ojos, acercó su respingona naricilla al centro de la flor. Se habría quedado toda la noche perdida entre el intenso aroma de las flores, mas su voz, su gruesa y profunda voz, la regresó, otra vez, a la realidad.

—Hermosas, ¿verdad? —expresó Hutton al tiempo que, con un sensual andar lobuno, se aproximó a Sienna—. Casi iguales a las que ambos usamos en el baile celebrado en Breton House. ¿Lo recuerda, señorita Jones? —Y se frenó al quedar a dos pasos de distancia.

Una vez más, ella contuvo la respiración. No podía creer que, a pesar de las circunstancias, hubiera osado perseguirla.

—Es una flor común. Y lo nuestro, una coincidencia que pudo haber ocurrido con cualquier otro invitado, señor Hutton.

Con una sonrisa pícara, él entrecerró los ojos.

—¿Común, ha dicho? —Rio al tiempo que negó con la cabeza—. No creo que esas sean palabras suyas, señorita Jones. —Avanzó y clavó la mirada color noche en la gris e infinita de ella—. De hecho, estoy completamente seguro de que esas palabras no son más que del señor Jones.

Hundida en la intensidad de los ojos de William, Sienna trató de calmar la respiración, pero no lo consiguió. Su pecho, agitado, subía y bajaba a un ritmo que no solo no pasó desapercibido para Hutton, sino que hasta lo enloqueció.

—¿Qué es lo que quiere, señor? —inquirió con voz temblorosa.

William, que no había dejado de mirarle los labios llenos, alzó la vista ante la pregunta.

—¿Qué es lo que quiero? —Ágil, elevó una mano y, con suavidad, se atrevió a hacerle a un lado un bucle y, en el movimiento, las yemas de sus dedos alcanzaron a rozar la mejilla blanca e impoluta de ella. Al notar el aumento en la agitación de Sienna, William

aproximó el rostro al de ella al punto de que los alientos se entremezclaron, y continuó—: Yo solo deseo ganar, señorita Jones.

La joven Leroy, haciendo un último esfuerzo, levantó la barbilla y lo fulminó con la mirada.

—Ya veo… Es de los que piensan que el dinero es lo más importante en la vida. —Tragó saliva—. Aun así, no lo parece. Aquí, conmigo y a solas, no hace más que arriesgarse a ser el próximo en perder, señor Hutton.

Él sonrió de forma completa.

—En toda apuesta hay riesgos que correr.

—No entiendo con qué fin —replicó ella, tratando de disimular el calor que le invadía el cuerpo al sentirlo tan cerca.

—Con el fin de saber más sobre usted y el señor Jones, señorita.

—¿Y qué es lo que desea saber? —preguntó a regañadientes, aunque le fue imposible desviar la mirada del fuerte y masculino mentón de él.

—La naturaleza de su lazo con el señor Francis Jones.

Ella frunció el ceño.

—Es mi primo, ¿acaso lo ha olvidado?

Hutton, perdido en la hechizante boca de Sienna, no lo soportó más y, dejándose llevar, con una mano le envolvió la cintura y, con la otra, la tomó de la nuca con una suavidad excitante que ella no rechazó.

—¿Y lo deseas, Sienna? —inquirió, olvidándose de las formalidades, sumergido en el mar melancólico que eran los ojos de ella.

Se hizo un silencio. Un breve e intenso silencio en el que ambos, perdidos entre suspiros, no hicieron más que observarse en una mezcla de hambre con incertidumbre y temor.

Que la llamara por su nombre de pila la había agitado

sobremanera y, definitivamente, estaba al borde del precipicio del deseo. Aun así, haría su mejor esfuerzo, allí, rendida ante el poder de seducción de William.

—Creo que está confundido, señor Hutton. Lo único que deseo yo es… —Lo meditó y, sin pensarlo, lo soltó—: Lo único que deseo es casarme, señor.

—¿Casarse? —No entendía cómo y por qué se había puesto en aquel aprieto, pero lo que sí le quedaba claro, por el calor que desprendía el cuerpo de Sienna, era que ella, sin lugar a dudas, también estaba en serios apuros, y prosiguió—. ¿Con él?

Ambos se miraron jadeantes y con una sed que solo se saciaría con la unión de sus labios, con el baile de sus lenguas y con la comunión de sus cuerpos.

Sin embargo, justo cuando ella cerró los ojos, dispuesta a rendirse a su depredador, la razón rescató a Hutton, quien, delicado, solo le obsequió un beso en la comisura.

De inmediato, y agitada hasta el alma, Sienna abrió los ojos y los volvió a hundir en los de William.

—Es claro que no, señor Hutton. Mi primo también quiere ganar la apuesta y pienso que lo logrará. —Se desprendió del agarre de él y retrocedió hasta quedar a un paso—. En especial si usted vuelve a dejarse llevar por su espíritu arriesgado. —Caminó hasta aumentar la distancia, pero giró el rostro para seguir—: Le deseo lo mejor, de verdad. Mas, de usted comportarse como hasta unos segundos atrás, no pienso que vaya a llegar muy lejos… —Lo observó con seriedad y, tras darle la espalda, se marchó veloz hacia el interior de la residencia de los Thompson.

Hutton, consciente de que había perdido el control, exhaló con violencia.

Luego de casi besarla podía jurar que la tenía entre los dedos, a

su completa merced. Mas, si de una cuestión no estaba seguro, era de si ella no lo tendría preso a él.

Capítulo 1

Londres. Agosto de 1813

William Hutton no era noble. Tampoco uno de los nuevos ricos que solían entremezclarse con los aristócratas. Y, aunque poseía una fortuna para nada despreciable, él solo era un hombre. Un caballero que, aunque de muy buena educación gracias a la herencia por parte de un tío lejano, había tenido que pensar en distintos proyectos para construir un buen futuro. Cierto era que su formación como abogado le había dado muy buenas herramientas y contactos que lo ayudaron a saciar su sed por emprender, mas la fuerte amistad con el marqués de Abington fue un gran soporte para William.

Aun así, jamás se aprovechó de esa conexión, y ello hablaba muy bien del tipo de principios que tenía. Y, a pesar de que el optimismo de su espíritu emprendedor lo dominara en más de una ocasión, siempre sabía cuándo era mejor dejar un negocio y cuándo, por el contrario, valía la pena seguir.

Sin embargo, ya no estaba tan seguro de esta notable cualidad…

«Maldición», pensó al tiempo que, apoyado en el alféizar de la ventana del estudio, observaba el paisaje citadino de Curzon Street.

Jamás se había enamorado y ni siquiera había estado a punto de caer en las garras del amor. La vida de libertino que había llevado hasta entonces le había enseñado el disfrute del placer carnal y de la variedad de bellezas de cuerpos femeninos, mas nunca había sentido aquella fuerza posesiva y dominante que, al parecer, no dejaba pensar con claridad. Y, aunque estaba casi seguro de ello, tampoco era un negador de la realidad.

Todavía recordaba con entusiasmo la noche que, en White's, un ebrio le había confesado bastante acerca del club de los solteros. Al principio, no estaba seguro de si lo que le contaba aquel sujeto era una mera fantasía provocada por el alcohol, mas cuando el rabioso hombre comenzó a dar detalles de cómo había caído y perdido el dinero a cambio de una felicidad absoluta, William supo que aquel club no era más que un excelente negocio producto de mentes en extremo perspicaces. Y, seguro de que su corazón no caería rendido como el de aquellas pobres almas ilusas, decidió entrar a como diera lugar.

No tardó en simular borracheras derivadas de un supuesto corazón roto, y así, más rápido de lo que imaginó, Francis Jones le ofreció asistir a su velada privada en Breton House, donde Hutton aceptó con buen gusto invertir veinte mil libras para ganar mucho más siempre que no se comprometiera o casara antes del catorce de agosto de 1813.

Lo que nunca pensó Hutton fue que los imponderables de aquel nuevo emprendimiento serían tantos y tan peculiares. Por empezar, jamás se le ocurrió que, en esa misma tramposa red, caería su mejor amigo, el marqués de Abington. Claro que la sorpresa fue mayúscula cuando este, a pesar del rencor y del remordimiento que cargaba en el alma hacía años, se rindió ante el embrujo del enamoramiento.

Y más extraño se tornó cuando libertinos empedernidos e irreformables, como sir Charles Capell o lord Robert Clifford, fueron de los primeros en quedar fuera del club.

Era ridículo, absurdo y hasta chocante para una mente racional y práctica como la de Hutton. Y, sin embargo, debía reconocer que, sin darse cuenta y desde el inicio, algo en su interior había cambiado.

Por momentos quería creer que era producto de la preocupación que, en realidad, le causaba lady Browne.

Aquella vizcondesa, que en apariencia lucía como una inocente dama de alcurnia, era más peligrosa de lo que la mayoría creía. No era una simple casamentera, era una víbora astuta que podía ver más allá de un lazo conveniente. Y, aunque no sabía cómo, comenzaba a ser una certeza para él que aquella terrible mujer era capaz de detectar esa fuerza dominante e impredecible que todos llamaban «amor».

No obstante —y tenía que reconocer que nada tenía que ver lady Browne—, existía un obstáculo más. Uno que la razón trataba de hacer a un lado, pero que su cuerpo y su instinto le reclamaban con ferocidad. Uno que, a pesar de los intensos esfuerzos y la vasta experiencia de libertino, no conseguía apartar. Uno que tenía nombre de mujer: Sienna.

En lo que refería a mujeres, no cabía la menor duda de que William era un experto. Desde muy joven había tenido la oportunidad de disfrutar del sexo femenino al punto de tornarse, con el paso de los años, en un gran conocedor de sus placeres, personalidades y hasta de sus deseos. De aquí que, al conocer a Sienna, esta no lo sorprendiera sobremanera, aunque sí era cierto que la joven desbordaba belleza. Curvilínea, de cabellera oscura y poseedora de una mirada gris, melancólica y magnética, reconocía que tenía todas las armas para volver loco a más de un caballero, en

especial por ese aire hechizante que desprendía con solo caminar.

Aun así, y de acuerdo a su perspectiva, en ningún momento la creyó una mujer capaz de tentarlo a él, uno de los hombres más expertos en esa materia. Claro que de esto no se percató hasta unas noches atrás, allá por el mes de julio.

Al principio, la intención había sido captar la atención de aquella joven con el afán de obtener más información sobre Francis Jones —ya que para William era claro que dicho hombre tenía un plan para siempre salir ganando—. Sabía que un inocente juego de seducción era el medio ideal para extraer información clave, mas descubrió que se le había ido de las manos cuando, en contra de su voluntad, imágenes de ella comenzaron a colarse en su mente cuando estaba solo. No quiso darle relevancia, pero la situación empeoró al toparse con ella en cada una de las veladas a las que estaba obligado a asistir por el club. No entendía cómo ni por qué, pero la vista se le desviaba hacia la figura de ella cada vez que podía permitírselo. Y la perdición tocó a la puerta cuando, ya sin siquiera pensar, se hallaba tras de ella, allí adonde Sienna fuese.

Se justificó una y mil veces que no era más que una arriesgada estrategia para lograr su fin principal: descubrir a Francis Jones no solo para ganar esa apuesta, sino también para quedarse con el negocio. Y aunque al inicio dudó, la idea de que Jones y Sienna eran algo más que primos encajaba perfecto, pues, si lograba descubrirlos, bajo la amenaza de hacer público que Jones mantenía una relación con su supuesta prima le traería a Francis más problemas que cederle la idea del club a Hutton, además de declararlo vencedor de esa temporada. Lo último que Jones querría era que decenas de exmiembros de otras temporadas le reclamaran el dinero por presunta estafa. Lo único que debía hacer William era conseguir una prueba fehaciente de la relación que, para él, era

evidente que existía entre Francis y Sienna.

No obstante, el acercamiento a ella se había tornado, en extremo, peligroso. Pero aquello no era lo peor, sino que la aproximación a Sienna no hubiera sido del todo consciente, sino más bien producto de la exigencia de su deseo. Y como fresa del postre, muchos ya lo habían comenzado a notar. Entre esas personas, el mismísimo Francis y, peor aún, lady Browne.

Aun así, la postura de Francis Jones durante la última conversación privada que había tenido con Hutton —antes de que lord Bryon cayera frente al hechizo de amor de Jane Calvert— había dejado bastante desconcertado al desconfiado de William, pues o bien era cierto que entre Francis y Sienna no existía más que una relación de primos, o bien aquel desgraciado era capaz de entregar su propia pareja con tal de triunfar en su negocio. No lo sabía y tampoco lo descubriría allí, encerrado en la propiedad de soltero que le había cedido su querido amigo, el marqués de Abington.

Así, y agotado por los pensamientos que lo abrumaban, William respiró profundo al tiempo que se alejó de la ventana. Caminó hasta el mueble bar y, tras servirse una copa de coñac, la bebió de un tirón. El ardor en la garganta causó que sacudiera la cabeza, pero lo bueno era que lo había despertado lo suficiente y justo a tiempo, pues un llamado a la puerta hizo que sonriera de lado.

—Señor, correspondencia —expresó un criado desde el otro lado.

Hutton suspiró. No hacía falta adivinar: de seguro era una invitación a la que debería asistir… si de verdad quería ganar la apuesta del club de los solteros.

Capítulo 2

Con una taza entre las manos, a un paso de la ventana y con la vista perdida en el parterre de Breton House, Sienna trataba de calmar la batalla que se había librado entre su corazón y la razón.

Y no era para menos. Hacía apenas unos días del baile celebrado en la residencia del estrafalario conde de Lockheart y de ese otro segundo momento en el que casi cayó ante el embrujo de William Hutton.

Se había jurado ignorarlo y mantenerlo lo más lejos posible, mas, como si aquel canalla le hubiera leído la mente, la persiguió desde el instante en que llegó a la velada. Poco importó que ella, estratega, se escabullera una vez más por el parque. No sabía si aquel libertino era un suicida o qué, pero lo cierto fue que, a pesar del riesgo que implicaba seguirla hasta quedar a solas, Hutton no dudó un segundo en ir tras de ella como una sombra. Incluso no le importó atreverse a perseguirla hasta la oscura arboleda de la residencia. Claro que, esa vez, Sienna no se dejó acorralar, por más que él solo le exclamara que lo único que deseaba era hablar.

No quiso confiar en él y bien hizo, pues, aunque fue cierto que William tenía algo importante que decirle, de haberle permitido

expresárselo antes de presenciar la discusión entre el vizconde Bryon, Jane Calvert y el repugnante del señor Godden, lo más probable habría sido que ella cayera ante los brazos de Hutton. De hecho, casi lo hizo cuando él le confesó lo que, al parecer, este había conversado con Francis Jones.

Recordó los anchos hombros de William, su fuerte mentón y, por supuesto, el dulce aliento que se entremezcló con el de ella en una agitación que, por poco, la arrimó a la locura de entregársele en un beso que aún anhelaba.

Despacio, y tras cerrar los ojos, se llevó las yemas de los dedos a los labios, en un intento por volver a sentir el calor del aliento de él, y se los mojó con la lengua en una inútil búsqueda de calma. De pronto, el recuerdo de la mirada penetrante de Hutton, acompañada de esa media sonrisa lobuna, provocó que una deliciosa electricidad le recorriera el cuerpo hasta finalizar en la zona de su máximo placer, donde una humedad tibia la agitó de forma inesperada.

—William… —se atrevió a susurrar perdida en el deseo.

Sin embargo, para su infortunio, una voz la rescató de la fantasía.

—¿Sienna?

De inmediato, ella abrió los ojos y, tras aclararse la garganta y exhalar la frustración, se giró para quedar de frente a él.

—Francis… —Bebió un sorbo del té, que ya estaba frío, y luego de dejar la taza en una pequeña mesa próxima a ella, avanzó unos pasos, aunque no los suficientes como para quedar cerca de él.

Jones frunció las cejas ante la distancia que aún los separaba, pero, sin ánimos de empezar con cuestionamientos que no terminarían bien, se aproximó y, tal como solía hacer desde hacía años, le obsequió un casto beso en los labios.

Sienna parpadeó varias veces, aunque él no se dio cuenta. Aquel saludo le revivió algunas de las mariposas que, hacía bastante, se le

habían adormecido en el vientre.

—Veo que aún estás dormida. —La observó con detalle y sonrió al descubrirla medio sonrojada—. Aunque tus mejillas declaren lo opuesto.

Aturdida, inspiró profundo y exhaló con la misma fuerza al tiempo que, con decisión, se sentó en uno de los sillones.

—Puede ser. —Llamó con la vista a uno de los criados y le ordenó más té—. La verdad es que mi mente no deja de pensar —respondió con la mirada perdida en la decoración de la sala.

Francis arqueó una ceja y, calmo, se sentó en el mismo sillón, pero en el otro extremo.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó él.

Sienna meditó por unos segundos. Quería usar las palabras justas, las que no evidenciaran el verdadero motivo de su angustia, aunque sería clara y lo más honesta posible.

—No te mentiré, Francis. Las palabras del señor Hutton me han desconcertado.

Jones la observó por unos segundos, y no habló. Uno de los criados acababa de entrar con el té que había solicitado Sienna, por lo que solo cuando este se retiró, retomó la palabra.

—¿El señor Hutton? —Esperó a que ella sirviera una taza para cada uno y, cuando dio un sorbo a la infusión, continuó—: ¿Y en qué contexto las palabras de él pudieron sorprenderte?

Sienna tragó saliva. Aquella pregunta incisiva la había incomodado, pero tampoco ocultaría la totalidad de lo ocurrido. Estaban a unos pocos días de que se cumpliera la fecha estipulada para determinar quién o quiénes resultarían ser los ganadores de la apuesta.

—Hablé con Hutton en el baile de Lockheart. Tal como ya sabrás, fuimos varios los que presenciamos el altercado entre lord Bryon y

Godden, fuera, en el parque, cerca de la arboleda del conde.

—La *oscura y peligrosa* arboleda —la corrigió él, remarcando las particularidades del escenario.

Con poca paciencia, Sienna puso los ojos en blanco.

—Sí, la misma… —Tomó un sorbo del té negro y siguió—: La cuestión es que, una vez que lord Bryon se fue con Jane, el señor Hutton me informó lo muy bien predispuesto que estás ante la idea de que *yo* —resaltó— contraiga matrimonio.

Francis, tratando de contener la sonrisa, dejó la taza sobre la mesita que ambos tenían enfrente y clavó los oscuros ojos en los expectantes de ella.

—¿De veras? Pues qué interesante intervención la del señor Hutton. Y qué oportuna…

Ella entrecerró la vista.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, lo digo porque lo primero que me pregunto es por qué rayos estarías tú, sola, en un lugar tan oscuro con un hombre como Hutton.

Sienna tragó saliva, pero no dejaría que el miedo la delatara.

—Por empezar, Francis, ambos estábamos en la terraza. Lady Browne me pidió que buscara al señor Hutton y lo convenciera de regresar al salón para hacerlo caer ante el compromiso de un baile con una de las desesperadas Powell. Y claro, al no hallarlo, comprendí que este había huido al exterior de la residencia —mintió de forma completamente deliberada, y agregó—: Creo que, frente a la astucia de algunos miembros, para la próxima temporada, deberás adicionar una cláusula en la que se estipule que, durante los bailes, deberán permanecer en el salón, a menos que deseen salir acompañados por una dama —soltó convincente.

Jones curvó los labios al tiempo que se cruzó de brazos.

—E imagino que, justo cuando diste con el señor Hutton, ocurrió la pelea entre el vizconde Bryon y el señor Godden, ¿verdad? —inquirió medio burlón, medio controlador.

Sienna, ofuscada, hizo una mueca de disgusto, pero intentaría mantener la calma.

—No llegué a invitarlo que, al instante, ambos oímos los gritos que provenían del parque, por lo que no dudamos en correr para auxiliar a Jane.

Francis, con una parsimonia en extremo molesta para Sienna, bebió un sorbo del té y alzó una ceja.

—Ya veo… —Dejó la taza vacía a un lado—. Y dices que luego de ese espantoso momento, Hutton te confesó, así como si nada, palabras que te asombraron.

Conteniendo la furia, ella suspiró.

—«Así como si nada» no. —Brusca, terminó de beber el té y continuó—: Yo expresé lo mucho que me angustiaba que Jane tuviera, como únicas opciones, elegir entre ser la amante de un vizconde o la de un simple señor. Y dejé en claro que no era justo para las mujeres que buscamos el amor —exageró adrede—. Recién luego de mi comentario, fue cuando el señor Hutton me confesó que estaba preocupado.

—¿Preocupado? —Rio para sus adentros.

Ella no lo soportó más. Ante los gestos y modales de él, Sienna estalló al tiempo que se puso en pie.

—¡Ya es suficiente, Francis! ¡Estoy harta! —vociferó fuera de sí, con una rabia que se le desbordaba en la agitación de las manos—. ¡Todo lo cuestionas! ¡Todo lo analizas para hacerme ver mal cuando aquí la ofendida debo ser yo!

El rostro de Jones se tornó serio.

—¿Tú, la ofendida?

Con los brazos en jarra, ella ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Es en serio? ¿Acaso no crees que deba molestarme? Porque, hasta donde sé, dudo de que exista una mujer que se sienta halagada porque su pareja la entregue a otro sin ningún problema. —Avanzó hacia Francis, que aún permanecía sentado—. No fue para nada agradable escucharlo decir que estás totalmente predispuesto a que me case con quien sea, incluso con él.

De inmediato, Jones se levantó y clavó la mirada oscura en la rabiosa de ella.

—¿Y qué esperabas que hiciera luego de la carta que Christine te envió?

Aquello fue una sorpresa para Sienna.

—¿Cómo dices?

Él entrecerró la vista y, tras fulminarla, respondió.

—No te hagas la inocente, Sienna. Antes del baile de Lockheart, lady Browne te envió una misiva en la que aseguró que solo tú podías resolver *el problema* con Hutton —remarcó—. Al parecer es evidente, y habría que ser *ciego* para no darse cuenta. Y, por lo que entendí, y definitivamente confirmé luego al reunirme con él, tú, mi querida, eres el punto débil de William Hutton —soltó mordaz.

Se hizo un breve y profundo silencio en el que las miradas de ambos se desafiaron. No obstante, agotada por la rabia que la consumía, Sienna fue la que volvió a hablar.

—Pues bien… De acuerdo. Entonces crees que solo yo puedo lograr que Hutton caiga. Y, al parecer, con tal de ganar, estás dispuesto a que me entregue a él, ¿cierto? —concluyó en una mezcla de ira con dolor.

Francis la observó a los ojos. La furia desbordaba de aquel océano gris y profundo, y, aunque sería estratega en su respuesta, no daría marcha atrás al plan que el destino se había encargado de tramar.

—No harás nada que no quieras, mi Sienna. —Con las yemas de los dedos, le acarició una de las mejillas—. Solo tendrías que hacerle creer que lo amas para que caiga ante ti y escoja comprometerse contigo en lugar de ganar la apuesta del club. —Acercó la boca a los labios llenos de ella y, susurrante, continuó con una declaración tan perfecta que desconcertaría y haría bajar la guardia a la pobre de Sienna—. Luego solo tendrás que dejarlo y regresar a mí para que, al fin, podamos unirnos en sagrado matrimonio…, a menos que tú no quieras, claro. —Y sonrió, astuto.

No quería demostrarlo, pero aquellas palabras habían resultado tan inesperadas que su corazón latió desbocado.

Era su sueño. El sueño de toda una vida, pero que, esta vez, dicho por Francis mismo, se convertiría en realidad.

Y entonces, tras dejar que la furia se evaporara, Sienna asintió con la cabeza para luego rendirse ante la pasión con la que Francis Jones la besó hasta hacerla suya, allí, en el sillón de la sala de Breton House.

Capítulo 3

Caminando por Berkeley Square, a punto de llegar a Browne House, Sienna no se privó de mostrar la alegría que la envolvía.

Después de varias semanas de rogar por un respiro, un poco de calma y claridad, esa mañana, Jones, de forma completamente inesperada, había acallado la incertidumbre que, por poco, la ahoga. Y, aunque en todos los años que llevaban juntos nunca hubiera sentido tanta inestabilidad en la relación como entonces, la razón siempre le había dicho que esperar tendría sus frutos. Y así fue. Claro que era evidente que semejante resultado no era producto de la casualidad. O, al menos, eso fue lo que su lógica le aseguró.

La realidad era que, desde que había conocido a Francis Jones en Francia, lo único en lo que se había enfocado había sido en apoyarlo en cada uno de sus proyectos. No había existido duda acerca de ello. Años y años dedicada a Jones y a sus negocios. Todos buenos, pero, al parecer —y desde la perspectiva de él—, ninguno suficiente, pues, si había un rasgo que distinguía a Francis era el de ser extremadamente ambicioso.

Por un lado, concordaba con que esa particularidad lo había vuelto un hombre muy atractivo, en especial porque no buscaba la riqueza

solo para él, sino también para ella, con el fin de complacerla con lujos que nunca había tenido el privilegio de disfrutar. Pero, como si eso hubiera sido poco para la joven Leroy, Jones se había enamorado y se lo había demostrado cada día desde esa noche en la que sus miradas se cruzaron en un teatro de mala muerte de París, en el que ella, junto con la actual vizcondesa Browne —Christine—, había trabajado por muchos años.

No obstante, el fuerte lazo que los unió en un principio comenzó a transformarse cuando, a partir de bromas entre él, Sienna y Christine, surgió la idea del club de los solteros.

A pesar de que al inicio resultó un tanto descabellada, no tardó en convertirse en un proyecto claro, prolijo y viable. Y cuando lograron una gran fortuna la primera vez que lo intentaron, no hubo marcha atrás: Jones había encontrado una fuente de ingresos tan excitante como redituable, lo que, por supuesto, también alegró a Sienna, aunque solo en un principio.

La verdad era que, a medida que pasaban algunas temporadas, por muy conveniente que fuera aquel negocio, lo que ella sentía que estaba sacrificando era mayor que lo que Francis, al parecer, sufría.

Tiempo antes de que iniciara el club de los solteros, Jones, en uno de sus viajes, le había rogado que fuera su prometida y, en cuanto regresó a los brazos de ella, cumplió aquella promesa que había dejado sellada en una carta que Sienna leía cada vez que la tristeza la invadía. Pero, ante el surgimiento del nuevo negocio, la idea del matrimonio se desdibujó, pues, según Francis, para que el plan funcionara, él debía mantenerse soltero y sin compromisos aparentes.

De allí que Sienna fuera presentada como la hermosa e inocente prima de él, un papel bastante crucial para el funcionamiento del negocio, como también lo era el de la vizcondesa Browne al ser ella

la encargada de escoger las parejas que harían caer a cada uno de los miembros del club.

La felicidad de Jones por el éxito alcanzado, sumado a las enormes cantidades de dinero que habían ido cosechando, provocó que el sueño de convertirse en su esposa se apagara lentamente. Y Sienna, en el afán de acompañarlo, acalló su deseo en mil y una justificaciones… hasta esta temporada.

De todas las oportunidades en las que habían dado rienda suelta al club de los solteros, la del año 1813 se había convertido, por lejos, en la más desafiante. Nadie podía negar el impacto y la intensidad de las parejas formadas, tanto que muchas personas comenzaban a sospechar, al menos de lady Browne. De por sí, y desde hacía varios años, no era un secreto que esta fuera conocida por su magnífica capacidad como casamentera, mas esta temporada había dado de qué hablar.

Sin embargo, nada de todo ello era lo que más preocupaba a Sienna. Ni las parejas formadas ni los rumores. No. Lo que quitaba el sueño a la joven Leroy era una mirada oscura y profunda. Un cabello del color de la noche. Un espíritu libre y arriesgado que la había atormentado hasta entonces con su andar sigiloso y hechizante. Lo que a Sienna la mantenía en vela era la falta de control que le producía un hombre. Un hombre que no era Francis Jones.

Aun así, la joven Leroy quería creer en su pareja, en ese caballero que, aunque a veces cegado por una ambición extrema, decía amarla. Y más todavía: se lo había afirmado con la declaración de esa mañana en la sala de Breton House. De sus labios habían salido las palabras que, por años, ella había estado esperando. Francis, mirándola con fijeza, se lo había prometido: se casarían pronto. Solo restaba ganar esa última temporada.

Claro que, para que el plan marchara a la perfección, necesitaba —como siempre— de la asistencia de su querida Christine.

Llamó a la puerta de Browne House y, luego de que el parco señor Smith la recibiera, aguardó en el lugar favorito de su excéntrica amiga.

—¡Oh! ¡Pero qué sorpresa, mi querida Sienna! —exclamó lady Browne al entrar en la sala limón y ver a Sienna sentada, más feliz que de costumbre—. ¿Percibo un exceso de alegría? —Sonrió con picardía.

Las mejillas de la joven Leroy se encendieron de inmediato.

—A ti no puedo mentirte. —Se abrazaron con la emoción de costumbre, se sentaron, una enfrente de la otra, y continuó—: Francis me lo ha pedido. —Curvó los labios de oreja a oreja.

El impacto de la gran sonrisa de Sienna fue tal que Christine le imitó el gesto, aunque desconcertada.

—Perdona, pero tu emoción me ha distraído por completo. —Al ver que el propio Smith se acercaba, le hizo una seña para que fuera en busca del servicio de té, y cuando quedaron solas, prosiguió—: ¿Qué es lo que te ha pedido esta vez?

Sienna, medio divertida, negó con la cabeza, pero no tardó en replicar.

—¡Que me case con él, Christine! ¡Al fin nos casaremos! —Rio desbordada de alegría.

Por muy buena que la vizcondesa fuera actuando, la noticia la descolocó de tal manera que la sonrisa acartonada y las milésimas de segundo que tardó en reaccionar fueron evidentes.

—¡Oh! ¡Pero qué sorpresa! —Parpadeó varias veces y, tras ponerse en pie, se aproximó para tomar a su amiga de las manos—. Es… es maravilloso, Sienna.

La joven Leroy se puso en pie para recibir el abrazo de Christine,

mas la sensación agridulce la invadió desde el momento en que notó la extraña respuesta de la vizcondesa al descubrir la razón de su emoción.

—Me encantaría decirte «gracias», pero es claro que no puedo hacerlo. —Sienna deshizo el abrazo para mirarla directo a los ojos—. Al menos no de forma sincera.

Lady Browne inspiró profundo y retuvo el aire por unos segundos hasta que exhaló, vencida.

—De acuerdo: lo reconozco —admitió al tiempo que regresaba a su diván amarillo violento en el que se desplomó sin ningún tipo de reparo—. Esta noticia es… es realmente inesperada.

Sienna entrecerró los ojos ante la confesión. Se sentó de nuevo y, tras analizar la amargura de su amiga, se tomó un tiempo para responder, pues, además, Smith llegó con el excéntrico servicio de té.

Estaba enfocada en lo que replicaría, pero, al notar que las galletas color limón habían duplicado el tamaño desde la última vez que las vio, parpadeó abrumada.

—Christine, esto es ridículo. —Señaló una de las delicias que tenía el tamaño de un plato de postre y la fulminó con la vista.

La vizcondesa se echó un fugaz vistazo con Smith —quien comprendió que debía retirarse cuanto antes— y resopló.

—¿Ridículo, dices? ¡¿Ridículo?!

Sienna alzó una ceja.

—No se me ocurre otra palabra ante… *esto*. —Miró la galleta y cerró los ojos con fuerza, como si la intensidad del amarillo le hubiera afectado la visión.

Christine sonrió de lado.

—Pues para mí no lo es, lo que hace evidente que no solo diferimos en términos de *buenas noticias* —remarcó—, sino también

en gustos culinarios o estéticos.

Sienna ladeó la cabeza hacia un hombro.

—Veo que no te ha agradado que Francis al fin me haya propuesto matrimonio. —Exhaló indignada—. Pero no logro entender por qué. —Meditó un instante y, después de fruncir el ceño ante la idea que le llegó a la mente, se cruzó de brazos y se animó a preguntar—. Aunque, ahora que lo pienso, ¿será que te disgusta porque mi boda implicaría el fin del club de los solteros?

El ceño de lady Browne se arrugó tanto que no habría hecho falta la marcada exhalación que soltó para entender lo muy ofendida que se sintió.

—Podrías haberme acusado con cualquier otro motivo, pero que lo hicieras con este es… ¡es tan devastador como insultante, Sienna! —exclamó y, aunque furiosa, se dispuso a verter el té.

De inmediato, y al ver cómo Christine reprimía la ira, Sienna se arrepintió por aquel pensamiento.

Era cierto. Lady Browne no necesitaba dinero, y si había accedido a participar del club de los solteros, solo había sido para complacer a Sienna. Esta le había rogado que formara parte del negocio porque creía que aquello realmente haría feliz a Francis, y Christine cedió solo para apoyarla, incluso a sabiendas de que, con ello, podía poner en juego la reputación de su título y el de su jovencito hijo, el nuevo lord Browne. Claro que la vizcondesa no podía negar lo mucho que le agradaba su papel, pues solo Dios sabía lo mucho que amaba formar parejas. Aun así, se trataba de un pasatiempo que, sin duda, podía seguir practicando sin el peligro que corría al pertenecer al club de los solteros.

—Yo… Lo siento, Christine. No fue mi intención lastimarte. Es solo que no entiendo por qué no puedes alegrarte por mí y… —No siguió; solo exhaló, arrepentida.

La vizcondesa le entregó la taza y suspiró en un intento por diluir la rabia que la dominaba.

—Sienna, lo único que me importa es que *tú* seas feliz —resaltó un poco más calmada—. Y no quiere decir que no me alegre que al fin cumplas tu sueño. No. No se trata de eso. Soy la primera en saber lo mucho que esperaste por este momento. Es solo que… —Bajó la mirada a su propio regazo y espiró negando con la cabeza, lo que angustió a Sienna.

Se hizo un breve silencio, mas al ver lo molesta que se sentía la vizcondesa, la joven Leroy no tardó en intervenir.

—Dímelo, Christine. Por favor. Siempre has sido honesta conmigo, y no me importa que lo que puedas decirme esta vez me hiera.

De inmediato y sorprendida, lady Browne levantó la vista y la hundió en la atormentada de su amiga.

Era verdad que casi nunca se privaba de decir lo que se le fuera en ganas, pero, en esta ocasión, no se trataba de una persona cualquiera. Se trataba de Sienna, la joven y soñadora de Sienna, esa jovencita a la que quería más de lo que hubiera querido a una hermana. Sin lugar a dudas, lo último que Christine quería hacer era lastimarla, por mucha razón que ella tuviera. Y así, seguiría su propio plan.

—Es solo que no quiero que tu boda sea una de esas vulgares huidas a Gretna Green o… una celebración secreta, Sienna —expresó simulando muy bien y, enseguida, se enfocó en la galleta más grande y luminosa del servicio.

La joven Leroy parpadeó más de la cuenta.

—¿Es una broma, Christine?

La vizcondesa, con la boca llena, alzó la mirada hacia su amiga.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso ya no deseas un desayuno de bodas como el de los marqueses de Abington? ¿O ya no te interesa la seda

blanca que viste en una de las tiendas de Bond Street y que tanto te enamoró? —Bebió un sorbo de té para bajar la media galleta que había devorado.

Sienna contuvo el aire ante la razón que su amiga le acababa de confesar y estalló en risas hasta que replicó:

—¡Claro que aún me interesan! Lo que no entiendo es por qué optaría por una boda en Gretna Green o celebrarla en secreto. Jamás he dicho una cosa como esa, Christine, y tampoco comprendo por qué se te ha ocurrido algo como ello.

Al ver que Sienna había creído en su simulación, la vizcondesa suspiró aliviada, aunque no tardaría en darle un toque de realidad.

—Pues no estoy loca, querida. Si me he detenido a pensar en esto, es por la sencilla razón de que estimo que Francis aún desea ganar la apuesta, ¿cierto?

—Bueno, sí. Eso no ha cambiado.

Lady Browne alzó una ceja y, después de beber un sorbo de la infusión, continuó:

—Y con ello entiendo que te habrá detallado cómo ganar, ¿verdad?

Sienna tragó saliva y se enderezó.

—Por supuesto. Al igual que tú, piensa que es claro que, para triunfar sobre Hutton —se aclaró la garganta al nombrarlo—, yo debería hacer el sacrificio de enamorarlo para que se comprometa conmigo. Pero serían solo unos días, hasta el catorce de agosto, de hecho. —Sonrió, fugaz, y se llevó la taza a los labios.

—Pues me temo que no será tan fácil, querida amiga —se atrevió Christine. Dejó la taza a un lado y retomó la palabra con la vista clavada en Sienna—. Si logras que Hutton caiga, ese hombre estará tan enamorado de ti que, si te animas a dejarlo enseguida, sospechará del club más que ahora. De dejarlo, y para cumplir tu sueño de casarte de forma inmediata con Francis, tendrías que

hacerlo bajo un contexto en el que no podrías cumplir tu sueño como lo has imaginado. Tendrías que huir, casarte a escondidas. E, incluso de ese modo, Hutton no se daría por vencido y te seguiría hasta el fin del mundo con tal de desvelar la verdad de tu repentino abandono. —Respiró profundo y siguió—: Y claro, tienes la segunda opción, más creíble, que sería mantener tu compromiso con él por un buen tiempo en el que deberías mostrarte paulatinamente desilusionada como para luego hacer evidente la decisión de romper el compromiso. Pero claro, eso llevaría mucho tiempo; no creo que él se diera por vencido, y quizá, solo quizá, tú…

—Ni lo pienses, Christine —la interrumpió y se puso en pie—. No habría chances en las que Hutton lograra conquistarme. —Tragó saliva—. Y tampoco escogería esa peligrosa segunda opción. —Exhaló con violencia—. Me comprometeré y luego se me ocurrirá algún plan que me dé el motivo perfecto y noble para dejarlo sin que él pueda objetarse. Y la boda… La boda será un asunto que podré resolver más adelante. —Parpadeó ante la idea de aplazar, una vez más, su sueño.

La vizcondesa contuvo la sonrisa.

—Pues bien… Me parece un buen plan. —Se levantó y caminó hasta Sienna—. Lo que sí deberemos hacer, para que Hutton no sospeche, es movernos de una forma convincente.

—¿A qué te refieres?

Lady Browne curvó los labios de lado.

—A que le haremos creer que, efectivamente, Francis no tiene problema con que te cases. Tú mostrarás verdadero interés por encontrar al fin a un prometido. Y para que esto sea notorio, pues… tendrás que venir a quedarte aquí, como una protegida mía.

—Cielos… —suspiró Sienna, medio insegura.

—¿Qué? ¿Acaso no era lo que me pediste dos o tres veces a lo

largo de la temporada? —le recriminó Christine.

—Sí, es cierto. Lo que ocurre es que, justo ahora, Francis y yo nos hemos reencontrado como pareja y…

—Y no es lo mejor si de verdad quieren ganar esta apuesta, Sienna. Lamentablemente, William Hutton es muy perspicaz. De notar la conexión entre ustedes, que te recuerdo algo ya ha notado, todos los años de esfuerzo con este club se irían a la basura junto con un Francis Jones en la ruina total.

Confundida pero consciente de lo que su amiga le explicaba, Sienna exhaló.

—Tienes razón. No puedo permitirme ni el más mínimo error. No si de verdad quiero que Francis triunfe.

Christine se aproximó y, tras acariciarle una mejilla, finalizó:

—Tú lo has dicho, querida. Tú lo has dicho. —Y sonrió, honesta.

Capítulo 4

«¿Lady Browne?», pensó William al recibir la invitación del próximo baile al que, como miembro del club de los solteros, tendría que asistir el trece de agosto, justo un día antes de la fecha de finalización del contrato… Un detalle para nada casual.

La verdad era que, aunque ya había participado de algunas veladas organizadas por la vizcondesa fanática del amarillo limón, no podía negar lo mucho que, con el paso de los meses, le incomodaba aquella mujer.

No era el único caballero que sentía la especial necesidad de tenerla lo más lejos posible. Luego de todos los compromisos y bodas que se habían concretado con la casual y sospechosa presencia de ella —pues siempre resultaba próxima a los involucrados—, era natural que Hutton percibiera un enorme peligro tener a lady Browne rondando cerca. De hecho, aunque él ya lo hubiera descubierto casi al inicio de la temporada, la última experiencia con esta en el Drury Lane, con la escandalosa boda entre Jane Calvert y lord Bryon como producto final, era prueba suficiente para entender que Christine Browne había sido una variable clave en el éxito de aquellos lazos. Y, por ende, no le cabía

la menor duda de que sería capaz de lo que fuera con tal de que él cayera para que su «socio», Francis Jones, fuera, una vez más, el ganador en el club de los solteros.

Aun así, era consciente de que ese no era el problema. Lo que más temía no era de lady Browne en sí o de su fama de casamentera, sino que esta hubiera descubierto su punto débil. Punto débil que él, por supuesto, se negaba a reconocer.

Pensó en los labios carnosos de Sienna, en el aliento dulce que lo envolvió cuando a segundos estuvo de devorarle la boca, allí, en la residencia de los Thompson, y necesitó respirar profundo y sacudir la cabeza para calmarse.

Maldijo el momento en que, con soberbia, creyó que, para obtener más información sobre Jones, acercarse a ella en el baile celebrado en Breton House sería buena idea. Maldijo el instante en que, perdido en el océano gris que era la mirada de Sienna, le pidió bailar una pieza. Maldijo y maldijo, a pesar de que con ello no lograra solucionar su gran problema.

Para entonces, no solo tenía que aceptar que Sienna era un peligro para él, sino que —sobre todo— no podría alejarse de ella. Por un lado, porque la cercanía le daría la posibilidad de descubrir el verdadero lazo que había entre ella y Francis. Pero, por el otro, si no podía alejarse de ella era porque, aun en contra de su juicio, no deseaba hacerlo. Por mucho que le costara reconocerlo, por mucho que se odiara por ser tan débil, lo cierto era que todo su cuerpo —en especial su irreconocible desbocado corazón— exigía por Sienna.

Aun así, no daría el brazo a torcer. Era un hombre de mundo, y se creía lo suficientemente capaz como para controlar su deseo en favor de su objetivo principal: ganar la apuesta y descubrir a Francis Jones para, al fin, quedarse con el negocio.

Y si para cumplir sus objetivos debía enamorar a Sienna, lo haría,

aunque ello resultara un gran peligro.

«El que no arriesga no gana, William», se dijo a sí mismo.

Con media sonrisa en el rostro, se sirvió una copa más y, satisfecho, salió directo hacia White's.

***

Mientras ordenaba los mejores vestidos y parte de sus pertenencias personales, Sienna suspiró, agobiada.

No quería dejar Breton House, pero, le gustara o no, sabía que pasar los días que restaban en la residencia de su amiga era lo ideal. Pero no solo resolvió que era la mejor opción para triunfar en el club de los solteros, sino también para ella misma.

No podía negar la alegría que había sentido cuando Francis, esa misma mañana, le aseguró que se casarían; después de todo, escuchar salir de los labios de él lo que por años había esperado oír no era una razón débil.

Sin embargo, la reacción de la vizcondesa y la posterior conversación con ella le habían devuelto la capacidad de pensar. Se había dejado llevar por la emoción de la declaración, mas en ningún momento —al menos desde que Francis se le declaró— analizó los puntos que lady Browne tenía muy en claro.

Era muy cierto que para casarse —por lo que conocía a Francis y por lo que este le había planteado— era necesario ganar la apuesta de esa temporada. Para triunfar sobre Hutton era claro que este solo caería si ella se involucraba con él, pues no había dudas para Jones ni para la vizcondesa de que Sienna era el único punto débil de William. Además, quedaba poco tiempo; no podían arriesgarse a que otra mujer lo enamorara o —mejor aún— lo engatusara, pues él era demasiado perspicaz. Pero lo más importante era que, de Hutton

caer ante su poder, ella no podría librarse fácilmente del compromiso. Con excusas o no, Sienna tenía bien claro que William era un hombre por demás perseverante y no se rendiría de forma tan simple, muchísimo menos luego de que perdiera la fortuna de treinta mil libras.

Entonces, ¿cómo sería posible una boda como la que ella soñaba si tenía detrás al más hábil de los hombres? Y más aún: la pregunta que se hacía Sienna era si su querido Francis había sido consciente de todo ello al prometerle la boda.

Sintió la amargura en la boca y tragó saliva en un intento por dejar de pensar. No creía que Jones hubiera analizado con tanto detenimiento, y al instante, después de recordar cómo habían hecho el amor esa mañana, eligió pensar que, al igual que ella, se había dejado llevar por la emoción sin tener en cuenta lo que lady Browne le hizo ver luego.

Un poco más tranquila con ese pensamiento, respiró profundo y, tras tomar la caja de madera donde guardaba sus pertenencias más preciadas, sonrió, mas el gesto se desdibujó en cuanto un llamado a la puerta la regresó del viaje mental.

Giró la cabeza para responder, pero no hizo falta cuando vio que Francis ya se había tomado el permiso de pasar.

—¿Estás lista? —inquirió mientras avanzaba hacia ella.

—La verdad es que no. —Curvó los labios con amargura—. Pero entiendo que es lo mejor. Además, son solo unos días. —Apoyó la caja cerca del equipaje que ya tenía preparado y Jones frunció el ceño.

—¿Para qué llevas eso? No creo que sea necesario que mudes casi todas tus pertenencias, Sienna. Cuando estés en la casa de lady Browne, será claro que tu estadía se extenderá hasta que ella te consiga un prometido.

Ella ladeó la cabeza hacia un hombro y sonrió de lado.

—*Mon cher*… —susurró como a él tanto le agradaba. Caminó los pasos que los separaban y apoyó una mano sobre una de las mejillas de Francis—. No llevo todo, solo lo justo y necesario.

Jones alzó una ceja.

—No creo que lo que tenga esa caja sea tan fundamental, Sienna. Son recuerdos y… no tiene sentido que los lleves contigo. Incluso podría ser peligroso.

Ella resopló al tiempo que dejó caer la mano y se acercó al resto de prendas que todavía le faltaba organizar.

—Pues yo la necesito. Cada vez que sienta que estoy lejos de ti, cada vez que necesite recordarte, tendré al menos un consuelo. Además, no sé por qué crees que sería *peligroso* —remarcó—. Se supone que nadie entrará en mi habitación. Al menos entiendo que eso no es parte del plan, ¿cierto? —preguntó medio ofendida.

Francis puso los ojos en blanco y se giró para caminar de regreso a la puerta.

—Claro que no, Sienna. —Negó con la cabeza. Y, antes de irse, soltó unas últimas palabras—: Y será mejor que te apresures. Luego de dejarte en Browne House, debo continuar con lo planeado. No queda mucho tiempo.

Ella lo observó y, aunque poco le agradó la prisa y la frialdad con la que le había hablado, asintió con una sonrisa sutil.

No era la primera vez que se comportaba así, pero estaba segura de que, muy pronto, cuando se casaran, dejaría de ser ese hombre dominado por la ambición.

***

No estaba lejos y caminar hasta White’s le pareció un buen plan;

necesitaba despejarse. Por más que estuviera acostumbrado a los riesgos en los negocios, reconocía que, hasta entonces, jamás se había animado a uno tan peculiar como ese.

Recordó a su gran amigo, James Nevill, marqués de Abington, y suspiró. Que después de tantos años de sufrir en soledad, bajo el terrible poder del alcohol, hubiera resurgido gracias a su unión con Amelia fue, sin lugar a dudas, un milagro, a pesar de que le hubiera costado treinta mil libras.

Lo mismo concluyó cuando pensó en lord Robert Clifford o sir Charles Capell. Podría haber imaginado cualquier final para esos dos perdidos libertinos, pero jamás hubiera esperado que fueran premiados con el amor. Y cuando rememoró al valiente lord Bryon, no pudo evitar sonreír de lado. Si bien todavía le quedaba enfrentar el mayor escándalo cuando regresara a Londres, lo cierto era que nunca había visto a un hombre tan feliz y con renovadas esperanzas como él. Y todo gracias al…

«Amor…», pensó con reserva.

Tragó saliva, meditó por unos segundos y chasqueó la lengua, medio confundido.

Si lo observaba como lo que había sido, todos ellos no eran más que unos perdedores, unos pobres hombres que habían dejado ir treinta mil libras a cambio de la gran responsabilidad de unirse en matrimonio. Mas, si lo analizaba desde el centro de su pecho, la ecuación cambiaba considerablemente. Ya no veía hombres infelices o vacíos, cuyo único destino era la ruina; veía caballeros renacidos, con la vista en alto, que apuntaban a una vida desafiante, pero de noble disfrute.

Respiró profundo y trató de meditarlo de una mejor manera, pero fracasó. Fracasó porque sabía que ambas perspectivas eran válidas. Solo restaba cuestionarse qué era ganar o perder para cada uno. Y

eso, definitivamente, dependía de la mirada personal.

De pronto, cuando por St. James's Street se aproximaba a su club favorito, la imagen de un conocido hombre que descendía de un coche le detuvo el paso.

«¿Jones?», se dijo con la vista entrecerrada.

Avanzó unos pasos y, después de descubrir que en efecto era él, la mente se le llenó de más preguntas, pues la temporada estaba por terminar y, aunque faltaba poco para descubrir al ganador de la apuesta, no entendía por qué se presentaba en White's si solo lo hacía cuando buscaba nuevas víctimas para la farsa del club de los solteros.

Como fuera, William no tardó en comprender que de nada servía seguir preguntándose a sí mismo, allí afuera. Si quería una respuesta, tendría que entrar y hallar la forma de hacerlo sin que Jones lo descubriera.

Esperó que Francis ingresara, se tomó unos cuantos segundos y, sin más, también se adentró él.

Por lo general, si bien no era de los clásicos ruidosos que necesitaban dar la nota para anunciar su llegada, aprovechó, a modo de camuflaje, que un grupo de caballeros arribaba a White's junto con él. Uno de ellos conocía a Hutton de algunas fiestas celebradas en la residencia de Lockheart y no tardó en invitarlo a compartir unas copas con sus otros compañeros.

Cuando el grupo con el que pasaría un rato se sentó, por un momento, creyó que perdería la oportunidad de espiar a Francis, mas este, por fortuna, y sin que aparentemente se percatara de la presencia de William, se acomodó de espaldas a él en una mesa bastante próxima.

Y claro, la algarabía no tardó en aparecer cuando Jones empezó a hablar.

«Mequetrefe de cuarta», pensó Hutton con media sonrisa, y bebió un largo sorbo de la copa que su colega le había servido. Por supuesto, aprovechó que sus compañeros se habían sumergido en una profunda discusión tory para intentar escuchar con suma atención lo que Francis contaba.

—Es complicado, no lo niego. Pero ha llegado el momento. Lo último que deseo es que termine como una de las *jóvenes* Powell —resaltó irónico, y el resto de la mesa rio, aunque el comentario molestó sobremanera a Hutton—. Además, ella misma ha expresado el deseo de casarse, y yo no lo impediré.

William entrecerró la vista.

—Enhorabuena, Jones. Y, aunque ya estemos en agosto, no dudo de que hallará un muy buen partido. La señorita Jones es muy bella —dijo uno de los hombres que lo acompañaban.

—En efecto, lord Bourgh. Y si bien no necesita de ningún tipo de ayuda, ha decidido contar con la guía de lady Browne.

Todos los caballeros abrieron los ojos como platos.

—Bueno, a decir verdad, no creo que semejante asistencia la ayude mucho —agregó el señor Howard, aunque de modo respetuoso.

Francis, conteniendo la sonrisa, entrecerró la vista.

—¿Por qué lo dice? No veo la desventaja.

—Es claro que la señorita Jones gusta mucho de la compañía de lady Browne, y de hecho toda la temporada ha estado a su lado, pero sin ningún tipo de suerte.

Francis sonrió.

—Entiendo lo que dice, pero no es lo que parece. Se lo aseguro. Mi querida prima ha rechazado a más de un pretendiente, y si ahora desea que lady Browne la guíe, es precisamente porque con ella alejará a los menos adecuados.

—Solo un valiente se le acercará —intervino lord Bourgh.

—Exactamente. De hecho, es eso lo que ella desea, milord. De todos modos, ya veremos.

—¿Y por qué no mañana? —preguntó Howard.

—¿Mañana? —repitió Francis con el ceño fruncido.

—Podría dar un paseo por Hyde Park. Nunca la hemos visto por allí, y sería muy ameno cabalgar junto con ella.

Francis tragó saliva. Conocía a Sienna y sabía que el siguiente movimiento sería terrible para ella, pero tenía que animarse. Por el negocio.

—Por supuesto. Estoy seguro de que estará encantada. —Sonrió.

—¡Oh! ¡Pero qué maravilla! Esto sí que atraerá la atención, Jones, en especial, si es buena jinete. Y al menos yo no pienso perderme la oportunidad de saludarla. Claro, si me lo permites —sonrió con picardía sir Norbert Watson.

Jones inspiró de golpe. Lo que había declarado era una movida arriesgada, pero necesaria.

—Pues ya lo veremos —respondió medio divertido—. Mientras tanto… —Levantó su bebida.

—¡Por la señorita Jones! —expresó lord Bourgh.

—¡Por la señorita Jones! —exclamó el resto con las copas alzadas.

Y tras brindar, la conversación que siguió a continuación se desdibujó al instante, al menos para William que, después de haber oído cómo vendía de forma indirecta a su propia «prima», optó por beber una medida más para despedirse de White's.

Por supuesto que, sin que Hutton se diera cuenta, un perspicaz Francis Jones sonrió del lado al verlo salir medio enfurecido.

Capítulo 5

—¡¿Cabalgar?! ¡¿Pero en qué demonios estabas pensando, Francis?! ¡¿Acaso estás loco?! *Mon Dieu!*

Sienna caminaba de una punta a la otra de la sala limón. No le importó que el té se enfriara ni que la mismísima lady Browne, sin decir una sola palabra, mirara cómo iba de un lado a otro.

Sin siquiera inmutarse, Jones —que estaba sentado en un sillón frente a la vizcondesa— se aproximó a una de las bandejas para tomar una delicia, pero frunció el ceño al notar que todas las galletas eran del tamaño de un plato de postre. Miró a Christine, medio confundido, pero esta apenas le echó un fugaz vistazo, pues su foco era la alterada de Sienna.

—Me temo que son demasiado… *grandes* —recalcó a la espera de una respuesta de la vizcondesa.

Christine entrecerró los ojos.

—Me temo que no tan *grandes* como las decisiones estúpidas de algunos caballeros… —Lo fulminó con la vista y prefirió beber un sorbo de té.

Harto, Francis resopló al tiempo que puso los ojos en blanco.

—Ya es suficiente. —Giró la cabeza y se dirigió a Sienna—.

¿Puedes calmarte? Desgastar las alfombras de Christine no ayudará en nada.

Sienna se frenó en seco.

—Pues no estaría arruinando nada de la casa de mi querida amiga si tú hubieras usado, por un segundo, ¡por un solo segundo!, la cabeza, Francis. —Se aproximó hasta quedar casi a su lado—. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué cabalgar?! ¡¿Es que acaso quieres verme muerta?!

Jones bebió lo que le quedaba de té y, tras apoyar la taza con poca delicadeza sobre la mesita que lo separaba de lady Browne, bufó.

—Era necesario, Sienna. Los caballeros con los que bebí en White's lo propusieron de inmediato, y dado que Hutton estaba allí, escuchando atentamente, no tuve remedio. —Exhaló con hastío—. Además, toda joven de buena cuna pasea, aunque sea una vez, por Hyde Park. Y nunca, en todos estos años, te has acercado siquiera.

Ella negó con la cabeza y puso los brazos en jarra.

—¡Pues lo siento, pero no todas amamos hacer lo mismo! ¡Y al menos yo no podré hacerlo, Francis! ¡Sabes que no sé montar! ¡Y sobre todo conoces el terror que les tengo a los caballos!

Él sonrió de lado.

—Lo sé. Aun así, tienes que ver el lado positivo de este riesgo. Es claro que, ante tu temor, más de uno intentará acompañarte, y eso, estoy seguro, provocará celos en Hutton.

—¡Ni siquiera sabes si irá, Francis! —Se tapó la cara y exhaló para calmarse, pero no lo logró—. ¡Oh, Dios mío! ¡Solo haré el ridículo! ¡Si es que tengo suerte! —vociferó ella, y regresó a su caminata frenética.

Una vez más, Jones puso los ojos en blanco.

—¡Eso es lo de menos! Lo único que importa es que Hutton vaya, y sé que lo hará.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso le avisarás para que asista por obligación, como una de las últimas invitaciones del club?

Jones sonrió de lado.

—No. Mi estrategia es precisamente no invitarlo para que no sospeche y lo consuman los celos desde el principio. Aun así, sé que irá. —Se puso en pie y, tras llegar al umbral de la sala, se giró de nuevo hacia ella y lanzó unas palabras más—: ¡Y en serio! ¡No es para tanto, Sienna! Después de todo, ¿de qué no eres capaz? —Y, sin darle opción a réplica, se fue.

No supo por qué, pero la última aseveración sobre ella la hirió como un puñal en medio del pecho al punto de que detuvo el paso.

La reacción de su amiga no pasó desapercibida para Christine, quien, sin dudarlo, se levantó y fue hasta ella para contenerla y tomarla de las manos.

—No lo tomes en serio. Solo está pensando en el negocio —trató de calmar las aguas, aunque no funcionó.

—Ese es el problema, Christine: solo piensa en el dinero, pero se ha extralimitado, y lo sabes.

La vizcondesa asintió.

—Me encantaría decirte que estás equivocada, pero no es el caso. —Suspiró—. Aun así, piensa que será menos de una hora. Quizá solo un cuarto de hora.

—En el que podría morir. —Exhaló con rabia.

La vizcondesa negó con la cabeza. Quería quitarle importancia al asunto, pero en el fondo sabía que la reacción de Sienna era completamente acorde a la circunstancia. Pocas cosas aterraban a su amiga, y una de ellas eran los caballos. Un miedo que, por cuestiones de pudor, solo conocían ella y Francis, aunque, al parecer y muy pronto, pasaría a ser de dominio público.

—Debes tranquilizarte.

—Lo haré cuando todo esto termine. —Recordó lo que podía esperarle luego y suspiró, rendida—. O no.

—Por lo pronto, tendremos que cumplir con la idiotez con la que te ha comprometido Francis. Ya luego le pondré el límite yo. Si de verdad quiere triunfar, pues entonces tendrá que hacerlo a mi modo.

—Dime que mañana vendrás conmigo, Christine. Te lo ruego.

Lady Browne frunció los labios con pena.

—Me temo que no, querida. Tampoco cabalgo ni he necesitado hacerlo.

Vencida, Sienna miró el suelo, pero en cuanto recordó que necesitaría un caballo, alzó la vista hacia su amiga.

—Espera… Entonces, ¿de dónde demonios sacaré un caballo? Y no uno cualquiera. Sería una tragedia si me vieran montar un rocín.

Christine parpadeó una vez.

—Pues tendrás que conformarte con el purasangre de mi rebelde hijo. Se niega a cabalgar, pero ahí está Hermes, a la espera de ser montado.

Sienna dudó por un instante, pero era consciente de que no podría dar marcha atrás. No en la recta final.

—Tengo miedo, Christine. —Y la abrazó en busca de consuelo.

—Lo sé, querida. Lo sé… —susurró al tiempo que la abrazó con todas sus fuerzas.

No obstante, ello no fue suficiente para calmar el temblor que había dominado a la pobre de Sienna. Habían pasado por momentos muy difíciles a lo largo de los años, mas esta temporada las emociones se habían apoderado de su amiga, y Francis, desde ya, solo lo había empeorado.

Respiró profundo y, tras guiarla hasta los aposentos, supo lo que tendría que hacer para asegurarse el bienestar de Sienna.

***

Sentado frente a un robusto escritorio de roble y con los pies sobre este, William meditaba en su residencia mientras movía, en círculos, la copa con brandy.

Quedaban pocos días y, aun así, la cuestión era bastante clara: Jones, sin importarle un rábano Sienna, lo único que pretendía era que él cayera ante el hechizo de ella para, de ese modo, quedarse con la victoria del club de 1813. William no tenía problema en hacerle creer que así sería. Y no solo para sacar más información o conseguir alguna prueba que expusiera el fraude que era en realidad Francis Jones, sino también porque estaba seguro de que, al ver lo real que podía tornarse la relación entre Sienna y él, el creador del club terminaría cediendo, pues era una obviedad para Hutton que aquellos dos eran mucho más que primos.

No obstante, tras la conversación que había escuchado en White's, decidió que no se aproximaría como Francis esperaba. No se comprometería de forma pública. De aparecer en Hyde Park, podía llegar a quedar en evidencia un interés que, por supuesto, él solo pretendía mostrar a Sienna en privado para sonsacarle información y pruebas que delataran a Jones.

Y, aunque la idea de verla rodeada de mequetrefes —que la observarían como si de una yegua a la venta se tratara— no le agradaba ni un ápice, era muy consciente de que no debía alterarse. No había duda de las intenciones de Jones, pero él no lo complacería; lo haría a su modo. O eso creyó hasta que un criado le interrumpió el pensamiento.

—Señor, correspondencia. De Browne House —aclaró el muchacho que se atrevió a asomarse al ver la puerta abierta.

William bajó los pies del escritorio, extendió el brazo para recibir la

misiva y solo desplegó el papel cuando el criado se hubo retirado.

Estimado señor Hutton:

Imagino que, al recibir este mensaje de mi parte, no le faltarán deseos de prenderle fuego, al igual que la invitación al baile que ya habrá recibido. No lo culpo, no se preocupe. Solo espero que no haya dado rienda suelta a su impulsividad, y sí se haya tomado la molestia de leerme.

Confiando en que así es, me he tomado la licencia de escribirle para solicitarle un favor. De antemano sé que, al leer esto, debe estar buscando entre líneas la trampa de esta nota, aunque me temo que se decepcionará.

Lejos de intentar embaucarlo, le escribo porque, lamentablemente, nadie más que usted podrá ayudarme, al menos de forma honesta.

Estoy segura de que se habrá enterado de que, mañana por la mañana, la señorita Jones dará un paseo por Hyde Park. Pues bien, también habrá notado que ha sido un arreglo del que ella no ha tenido opinión ni voz.

Y de aquí viene mi pedido.

Sin entrar en detalles, acepto que sé que a usted no le conviene asistir y también sé que usted lo sabe mejor que yo. Sin embargo, querido Hutton, me veo en el apuro de suplicarle que lo haga. No por mí, por supuesto, sino por Sienna.

Aunque me cueste el orgullo reconocerlo, sé que, de confiar el bienestar de ella a alguien, solo lo haría a usted. Suena triste y hasta vergonzoso, pero entienda que es un pedido que está por fuera de nuestras diferencias, aunque nos une un

punto común: la señorita Jones.

Podría explicarle los motivos de este gran favor, pero no hará falta. Cuando mañana vea a Sienna con sus propios ojos, lo descubrirá de inmediato.

Sin otro particular, y agradecida porque lo piense, lo saludo atentamente.

Christine

Confundido, William contuvo la respiración al tiempo que soltó el papel.

¿Era en serio? Miró la carta una vez más y no supo si se trataba de una solicitud genuina o de una trampa de lady Browne.

Tomó la copa, la movió en círculos dos veces y, tras detenerse, bebió el brandy de un solo trago.

Tenía dos opciones: ir o no ir.

Si no iba, tendría más control sobre la situación, y eso era lo que William necesitaba.

Pero si iba, las probabilidades de manejar el juego correrían un gran riesgo a cambio de nada, y solo por hacer un favor.

Se puso en pie, hizo de la misiva un bollo y la lanzó a un costado.

No estaba dispuesto a perder, y mucho menos por ingenuo.

Capítulo 6

—¡Si no te apresuras, llegaremos tarde, Sienna! —clamó Francis del otro lado de la puerta.

Veloz, la doncella le ajustó el último detalle y dejó que la nerviosa e inexperta jinete saliera de la alcoba.

La joven Leroy no emitió una sola palabra, pero él, en cuanto la vio, sonrió. Y no era para menos.

Sienna lucía un exquisito vestido de montar color azul profundo, cuya extensa falda daría de qué hablar entre las aristócratas que atestarían los prados de Hyde Park. No obstante, al detenerse en la expresión de terror de ella, Francis frunció el ceño.

—Ni el vestido ni el purasangre de Christine serán suficientes para evitar que la atención se centre en tu rostro. —Bufó—. ¿Es que no puedes, aunque sea, simular por un rato?

Una intensa rabia la envolvió y, de no haber sido porque el miedo la tenía apresada hasta los huesos, habría reaccionado enseguida.

—Solo vamos —replicó marchando escaleras abajo.

No quería mirarlo. Ni en ese momento ni luego. Todavía no lo perdonaba por cómo la expondría que él, sin importarle absolutamente nada, seguía con sus exigencias.

Cuando descendió, se decepcionó al no encontrar a lady Browne, pero el mayordomo Smith no tardó en explicarle que el jovencito lord Browne requirió la atención de la vizcondesa, lo que la imposibilitó de despedirse de ella.

Sienna se lamentó, pero no imaginó que Christine, en realidad, no había sido capaz de ver cómo aquella se sometía a salir y cumplir lo último que deseaba hacer.

Aun así, la doncella y un mozo de cuadra de lady Browne los acompañarían, montados ambos en mansos rocines, y, según los criados, también contarían con un coche que estaría cerca y a su disposición por si se presentaba «algún inconveniente».

Y claro, para cuando Sienna vio a Hermes, el rebelde purasangre de fuertes y torneadas patas, creyó que moriría. Sentía una profunda admiración por las bellezas equinas, mas pensar en montarlas la llevaba a concluir que el respeto no era suficiente. Un intenso temor la paralizaba, y Jones lo sabía mejor que nadie.

—Vamos, Sienna. ¡Debemos irnos! ¡Súbete de una vez por todas! —vociferó Francis, ya en su caballo.

La joven Leroy tragó saliva, pero al contar con el apoyo del mozo, respiró profundo y montó a Hermes hasta que logró acomodarse en la silla de montar para mujeres.

No obstante, los alaridos de terror no tardaron en hacerse oír y el primero en reaccionar fue el purasangre.

—¡Ya cálmate o arruinarás el plan antes de que partamos! ¡Compórtate! —le gritó Francis a ella, fuera de sí.

Sienna sintió una vez más la ira apoderarse de su corazón, pero se mezclaba tan bien con el terror que Jones ni se percató de ello.

El mozo trató de calmar a Hermes, pero solo cuando la doncella tranquilizó a Sienna, el corcel pareció más calmo.

—¡Andando! —reclamó Jones, y entonces, guiada por el criado,

Sienna se dejó llevar hasta Hyde Park.

Ni bien cruzaron hacia el parque, la joven Leroy hizo hasta lo imposible por sonreír a cada una de las personas que iban saludando a medida que se adentraban en los prados. Jones, medio nervioso, miraba a su alrededor en busca de la presencia de Hutton, y bufó al no encontrarlo.

De pronto, el señor Howard y sir Norbert Watson, ambos sobre dos corceles, no tardaron en dar con ellos.

—¡Pero, por todos los cielos, Jones! ¡Has tornado nuestra mañana en una verdaderamente hermosa! Y, aunque me alegra verte de nuevo, no lo digo por ti, claro —completó medio gracioso el señor Howard, quien, a continuación, miró de arriba abajo a Sienna, otra vez.

Francis sonrió, complacido.

—Sabía que así sería, Howard.

Ambos caballeros se aproximaron a Sienna y, con un ligero movimiento de cabeza, la saludaron.

—Es un gran placer volver a verla, señorita Jones. Y debo reconocer que esta temporada está más hermosa que nunca —comentó sir Norbert, con un ligero tono bañado en lascivia.

Sienna, en contra de lo que le dictaba el corazón, sonrió, aunque acartonada.

—Y estimo que no se negará a una carrera por Rotten Row, ¿verdad? Será breve, se lo prometo —sonrió Howard, divertido, al tiempo que con sir Norbert salieron en dirección a una de las partes más transitadas de Hyde Park.

En cuanto los dos hombres quedaron de espalda a ella, Sienna miró a Jones y no dudó en expresarse.

—Ni lo sueñes, Francis. No puedo e, incluso, sé que será peligroso.

Sus nervios no tardaron en afectar al inquieto de Hermes, que se movió de un lado a otro.

Francis observó cómo se alejaban los dos caballeros y frunció los labios.

—No puedes negarte, Sienna. Dan por hecho que los acompañarás. ¡Muévete! —casi gritó con los ojos que echaban fuego.

Sin embargo, lejos de conseguir lo que él quería, aquella reacción autoritaria provocó que ella lo fulminara con la vista.

—¡He dicho que no! —Se hizo escuchar, lo que dejó atónitos a la doncella y al mozo de cuadra.

De solo ver cómo reaccionaron los criados, Jones se sintió ridiculizado y, cuando ella comenzó a tirar de las riendas para que Hermes marchara de regreso, Francis, iracundo e impulsivo, atizó con todas sus fuerzas al caballo de Sienna.

Fue un segundo, un breve segundo en el que el corcel salió disparado en dirección opuesta a la de Howard y sir Norbert.

Anonadado, el mozo de cuadra se paralizó hasta que, gracias al aviso de la doncella, reaccionó y exigió a su caballo para que galopara a toda velocidad. Pero no sería suficiente; Hermes era de los purasangres más rápidos de su camada, mientras que su caballo no era más que un viejo y cansado rocín.

Dominada por un miedo que le electrizó el cuerpo, Sienna cerró los ojos y se aferró a las riendas con todas las fuerzas, mas los gritos de desesperación no tardaron en brotar de su garganta.

Al escuchar los agudos llamados de Sienna, Howard y sir Norbert detuvieron el galope y, tras descubrir que la joven corría un gran peligro, no dudaron en cambiar de dirección para ir en su auxilio.

Sin embargo, la distancia era tal que sería imposible llegar antes de que el nervioso purasangre reaccionara con otro movimiento

inesperado y salvaje.

Completamente desesperada y vencida ante la idea de que nadie lograría ayudarla, Sienna estalló en un llanto que apenas le rozó las mejillas, pues el viento se llevó todas y cada una de las lágrimas. No obstante, justo cuando sintió que el indomable Hermes se encabritaría, un fuerte tirón en sus riendas evitó que el caballo quedara en dos patas y, por ende, que ella cayera.

—¡¿Sienna?! ¿Te encuentras bien? —Escuchó que una gruesa y conocida voz le inquirió con tono atormentado.

Ella, aún con el corazón en la boca, abrió los ojos y, al descubrir quién la había salvado, se quedó sin aire.

—¿Tú?

Capítulo 7

—¿Tú? —inquirió Sienna con la vista sumergida en la de William.

Agitado aunque aliviado, Hutton le observó los ojos con detenimiento. Aquel océano gris y melancólico era, en ese instante, una mezcla de aguas cuya turbulencia había sido causada por un profundo terror.

¿Qué demonios era lo que había hecho Francis Jones? No lo sabía con precisión, pero lo que sí era una certeza era que o bien el juicio de aquel no estaba bien, o bien la ambición lo estaba arrastrando a límites que ningún hombre con corazón debería cruzar nunca.

Como fuera, Hutton agradeció haber estado allí. Agradeció haber cambiado de opinión esa misma mañana y haberse rendido ante la curiosidad y la incertidumbre. Agradeció, incluso en contra de su voluntad, la misiva de lady Browne, pues, de no haber recibido ese mensaje, habría sido un hecho que Sienna, para entonces, ya no respirara.

Por fortuna, en cuanto llegó a Hyde Park y divisó a los Jones, supo que lo que fuera a ocurrir allí no terminaría bien. Desde lejos, había notado cómo el rebelde caballo de Sienna se movía nervioso.

Estratégicamente ubicado para que Francis no lo viera, aunque a una distancia prudente, William se mantuvo atento al animal, y cuando descubrió la intención de Jones, se preparó para la reacción salvaje del corcel de Sienna.

Como fuera, y gracias al cielo, lo peor se había evitado.

Sin soltar las riendas del caballo de Sienna, Hutton bajó de su corcel como pudo y, tras calmar a Hermes, extendió una mano en dirección a ella.

La joven Leroy aceptó la ayuda y, en cuanto sintió el contacto, no importaron los guantes, pues una deliciosa electricidad los recorrió a ambos, a pesar de las circunstancias.

La agitación fue intensa; aun así, ella lo disimuló muy bien, incluso cuando William la tomó por la cintura para que no hiciera un esfuerzo innecesario al descender.

Sienna apoyó los pies en el suelo y, de inmediato, retrocedió tres pasos para mantener una distancia prudente.

Sin poder dejar de mirarla, William tragó saliva, mas escapó del hechizo cuando Jones, escoltado por los otros dos mequetrefes, se aproximó.

—Vaya, vaya… Pero ¿quién ha salvado a mi querida prima? Ni más ni menos que nuestro querido señor Hutton. Qué sorpresa, debería decir, aunque, de hecho, no me asombre tanto… —soltó adrede al tiempo que se apeó.

Howard y sir Norbert se miraron extrañados y, ante la duda, sin siquiera preguntar si ella se encontraba bien, saludaron con un fugaz gesto de la cabeza y se marcharon.

William, hecho una furia ante la presencia de Jones, se dejó llevar por la ira e, impulsivo, se lanzó con la intención de tomar a Francis por la solapa de su estúpida chaqueta, mas Sienna, ágil, lo detuvo justo a tiempo.

—Por favor, señor Hutton. —Lo tomó por un brazo—. Necesito que me lleve a Browne House. No me siento bien.

Las aletas de la nariz de William se abrían y cerraban, pero el contacto y el pedido de ella lo calmaron lo suficiente como para girarse, darle las espaldas a Francis y enfocarse en ella, aunque poco durara esa paz.

—Eso no será posible, Sienna. No es correcto. Deja al señor Hutton. Como tu primo, debo acompañarte yo.

Pero justo cuando él quiso tomarla, ella hizo a un lado el brazo y retrocedió.

—Como *primo* —remarcó— deberías haber velado por mi seguridad, pero no fue lo que ocurrió. Y no me importa lo que piense la gente, *primo*. Soy una mujer adulta y libre, por lo que, en estos momentos, solo deseo que el señor Hutton me acompañe. —Lo fulminó con la vista.

Jones quiso replicar, pero ante la mirada iracunda de William —y muchos ojos curiosos que habían comenzado a centrarse en ellos—, optó por quedarse callado y retroceder. Ya tendría tiempo para hablar con ella.

***

Tal como lo había intuido lady Browne, el inconveniente ocurrió, pero gracias al cielo, uno de sus coches había estado aguardando cerca de la zona donde Sienna y Jones montarían.

Dado que el mozo de cuadra llevó consigo al caballo de Sienna, y la doncella cabalgaba en otro, al llegar al coche, William no dudó en ofrecerse a acompañarla.

Antes de que la criada pudiera replicar, Hutton pidió al acompañante del cochero que se hiciera cargo de su caballo y aclaró

a la muchacha que el viaje era corto y solo usarían el carruaje para evitar más miradas de las necesarias.

Los criados acataron las órdenes y William ayudó a Sienna a subir, pero en el contacto no tardó en descubrir que ella todavía temblaba, por lo que se apresuró y también entró.

Pasaron unos segundos en absoluto silencio en el que el traqueteo del coche fue el único protagonista.

Aún tenso y sentado frente a ella, William la observaba. No era la misma Sienna de siempre, esa mujer con la mirada misteriosa y segura, esa hechicera poderosa de expresión atenta. En esos momentos, el rostro lucía más níveo que de costumbre, el cuerpo entero le temblaba, incluso los labios, y los ojos apuntaban a los pies, en una mezcla de vergüenza con pavor que atentaba con estallar en cualquier instante.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, pero ella no respondió, por lo que él se apuró a sentarse a su lado—. Sienna, por favor, responde: ¿estás bien?

William apoyó una mano en el hombro de ella, pero cuando esta reaccionó se apresuró a cortar el contacto.

—Lo siento, señor Hutton. Yo… —No continuó; la angustia era intensa.

—Con «William» estará más que bien. No hacen falta las formalidades —intervino él en un intento por bajar la tensión, y, tras observarla una vez más, siguió—: Aún tiemblas. ¿Nunca habías cabalgado?

Con la mirada gacha, Sienna tragó saliva y se tomó un instante antes de responder. ¿Cómo le diría todo lo que en realidad sentía? ¿Cómo explicarle que aquel temblor, aquel estado de angustia se debía no solo al accidente que, por fortuna, él había evitado, sino también a la decepción que padecía su corazón?

No, no podía confesarlo, aunque lo deseara con todas sus fuerzas.

—No, nunca he montado. Es uno de mis mayores miedos.

Él frunció las cejas.

—E imagino que, si te has animado a hacerlo, solo ha sido por obligación, a menos que el miedo por quedarte soltera sea más fuerte que el que le tienes a los caballos.

Aunque con un dejo de amargura, Sienna sonrió.

—No temo quedarme soltera. —Suspiró—. Aunque reconozco que sí sueño con casarme.

William exhaló, furioso.

—Entonces tu primo te ha obligado y solo para… —Se detuvo. Los dientes de Hutton casi chirriaron de la rabia al solo pensar que aquel mequetrefe había llegado a ese extremo o bien para conseguirle un esposo conveniente a Sienna, o bien para llamar su atención, y de esa manera, comprometerlo públicamente con ella. Y todo ello a consciencia y sin importarle el daño que pudo haber sufrido Sienna.

—No tiene sentido seguir pensando en el asunto. Después de todo, yo accedí.

La mirada de él se apagó.

—La pregunta es por qué. ¿Por qué aceptaste, Sienna?

Ella no respondió. Mantuvo la vista baja, perdida en algún punto de su falda hasta que, casi con la voz quebrada, se animó a replicar.

—Quizá… por temor a perder lo que ya tengo. —Alzó la vista y la hundió en la oscura y nerviosa de él—. ¿Tú… no tienes ningún miedo, William?

La voz temblorosa unida a esos ojos grises e infinitamente tristes fueron como una daga en medio del corazón. Y sí, era muy consciente de su propio miedo, pero no podía confesárselo. Solo la observó con profundidad, pero en silencio, hasta que el coche frenó de golpe.

Habían llegado a Browne House y la vizcondesa corría hacia el coche con una expresión de terror que nunca nadie le había visto hasta entonces.

Capítulo 8

En cuanto entraron en Browne House y Christine comprendió que Sienna casi cayó del caballo, no importaron las insistencias de la joven Leroy, pues la vizcondesa no tardó en mandar a buscar a un médico para que la viera.

Y William, de acuerdo con lady Browne, aguardó en la sala limón.

Nervioso, sentado en uno de los sillones amarillos y sin dejar de mover una de sus piernas de forma frenética, Hutton observaba cada uno de los detalles de la sala más famosa de Londres.

No le gustaba estar allí. Los rumores y las supersticiones acerca de la sala limón de la vizcondesa al principio le habían parecido muy graciosos, mas, con el paso de los meses —y con el absoluto conocimiento de que Christine formaba parte estratégica del club de los solteros—, la risa y las bromas se habían disuelto entre grandes signos de pregunta. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba que hombres tan indomables como los de esa temporada del club cayeran ante las garras del amor?

Muchos decían que eran una bruja disfrazada de vizcondesa. Hutton creía que eso habría sido cierto incluso si ella no hubiera logrado tantas uniones inimaginables. Aun así, de lo único de lo que

estaba seguro William era de que esa mujer era más hábil e inteligente de lo que muchos creían. Y él, especialmente él, debería cuidarse si era que realmente deseaba ganar.

—Señor Hutton, ¿desea una taza de té? —inquirió lady Browne. Entraba a la sala limón un poco más agitada de lo habitual.

William parpadeó varias veces hasta que enfocó la vista en Christine.

—No, gracias. —Se puso en pie y, sin poder disimular el nerviosismo, siguió—. ¿Cómo está Sienn… la señorita Jones? —se corrigió de inmediato. Se aclaró la garganta y se enderezó para mostrar compostura.

La vizcondesa curvó los labios.

—Por fortuna no ha sufrido ninguna herida física, señor Hutton —replicó, aunque mantenía la expresión pícara.

William la observó, echó un fugaz vistazo a la sala y volvió a hablar.

—¿Puedo preguntarle la razón de su sonrisa? No creo que la situación amerite tan buen ánimo —se atrevió, más nervioso.

Lady Browne arqueó las cejas y casi se carcajeó, pero optó por contenerse.

—Sonrío, señor Hutton, porque ahora estoy más aliviada. El médico me ha dejado tranquila —mintió.

William asintió no muy convencido, pero, a los segundos, y tras una breve y poco reflexiva meditación, miró a lady Browne y, dejando el acartonamiento de la postura, se aproximó a la vizcondesa.

—Sé que no es correcto y que hacerlo no es más que un estúpido error, pero… —Miró en todas las direcciones hasta que regresó a ella —. ¿Cree que exista la posibilidad de que yo pueda subir a verla?

Los ojos de Hutton brillaban de la desesperación. Una

desesperación que lady Browne conocía muy bien.

La vizcondesa asintió con la cabeza, y Hutton, curvando los labios como agradecimiento, se giró, veloz, para marchar a paso acelerado hacia las habitaciones de Sienna. No obstante, antes de cruzar el umbral, la voz de Christine lo detuvo un instante más.

—Señor Hutton… —expresó alto y claro. Él movió la cabeza en dirección a la vizcondesa, y entonces ella, con una profunda y honesta sonrisa, continuó—: Gracias.

William la miró por unos segundos y, sin poder evitarlo, sonrió, sutil y fugaz, para luego, al fin, marchar hacia los aposentos de la joven Leroy.

***

Acostada en la cama y con la vista fija en el dosel, Sienna aún no comprendía cómo era que Francis, su querido y amado Francis, se hubiera atrevido a tanto.

Comprendía que el negocio del club de los solteros fuera uno de los logros más importantes de su vida, mas no concebía la idea de que, con tal de triunfar en esa temporada, fuera capaz de situaciones terribles como la de esa mañana en Hyde Park.

No solo se había atrevido a exponerla a una situación que él sabía de antemano el pavor que le provocaba a ella, sino que, además, había traspasado el límite de la cordura.

¿En qué había pensado? ¿Cómo se había atrevido a ir en contra de los deseos de ella? Deseos que eran no por mero capricho, sino relacionados con uno de sus profundos miedos y que habían puesto en jaque su bienestar. ¿Cómo, por una mera victoria o por la necesidad de que se hiciera solo lo que él ordenaba, había optado por poner la vida de ella en peligro? ¿Ese era Francis Jones? Y más

aún: ¿qué era ella para él?

Una angustia inconmensurable la invadió. Por muchas razones o explicaciones que buscara amoldar a la situación, por mucho que intentara su razón justificarlo, a Sienna no le cabía la menor duda: lo que fuera que motivara a Francis era más fuerte e intenso que el amor que sentía por ella… si era verdad que la amaba. Tantos años junto a él, tanto tiempo de entrega para culminar en una triste competencia contra la ambición desmedida.

Se sentó en la cama, tomó la caja de madera, donde guardaba sus más preciados tesoros y recuerdos, y sacó la carta en la que él, años atrás, le había declarado su amor.

Querida Sienna:

No puedes imaginarte lo desesperante de la situación que estoy viviendo. Solo han pasado unos días sin verte, a solo unas ciudades de distancia, y no lo soporto. ¡No lo soporto más! ¡Lo juro!

No hubo noche ni día en que no te recordara con profunda necesidad. Y es que la culpable de semejante tormento, lo siento, pero eres tú, mi vida. Solo tú. Me has acostumbrado a un paraíso del que resulta una crueldad ser alejado. El aroma de tus cabellos, la tersura de tu piel, la dulzura de tus labios, el calor de tu lengua… ¡Oh, Dios! ¡Es un castigo injusto! ¡Demasiado para un pobre diablo como yo!

¡Oh, mi Sienna! Soy un desperdicio de hombre, no respiro sin ti a mi lado. Te necesito. ¡Te necesito como nunca a nadie!

Y es por eso, mi vida, que a pesar de que podría esperar unos días más y decírtelo en persona, mi alma me exige hacerlo ahora mismo, con estas letras desbordadas de

desesperación y sobre este humilde papel: te pido, te ruego y te suplico de rodillas que te conviertas en mi prometida para volverme tu más fiel esclavo por el resto de mis días, e incluso luego de la muerte y más allá. Porque te amo, Sienna. ¡Te amo con toda la locura y la razón del mundo!

Y aunque es una obviedad que, antes de casarnos, quiero forjarme de una riqueza que me permita darte la más lujosa de las vidas, al menos quiero que seas oficialmente mi prometida desde hoy mismo, porque si hay una cuestión que tanto mi mente como mi corazón tienen muy en claro es que yo, Francis Jones, jamás podría vivir sin ti, sin tu amor.

Desesperado por verte cuanto antes,

Francis

Una lágrima le rodó por el rostro.

Lejos de renovarle las esperanzas, lejos de animarla a soportar más, una mezcla de ira con tristeza la dominó.

Furiosa y de inmediato se secó la mejilla, mas el dolor brotó de su pecho como un océano revuelto en medio de la tormenta, y entonces, de forma inevitable, se desbordó.

Se desbordó en un llanto incontrolable, en una agitación que la dejaba sin aire. Se desbordó en un temblor que la llevó a acurrucarse en la cama, donde concluyó que todos esos años no había hecho más que vivir rodeada de lujos, pero en las sombras, como una sombra más, con la soledad como única compañera de vida, y en una silenciosa batalla entre el amor y la ambición, en la que la segunda —no había dudas— había triunfado miserablemente.

Se olvidó del tiempo y de dónde estaba para sumergirse profundo en el mar de la angustia. Tan profundo que no se percató de que la

puerta de la alcoba —que estaba abierta, apenas entornada— se abrió justo en el momento de mayor vulnerabilidad de su corazón.

—¿Sienna? —inquirió William al entrar, y en cuanto la vio y escuchó descargarse desconsoladamente, corrió hacia ella—: ¡Sienna!

Ella trató de calmarse, pero fue imposible; su alma gritaba y pedía redención.

Desesperado, sentado en el borde de la cama, Hutton la observó por unos segundos y, sin dudarlo, sin importarle lo peligroso de la situación, la tomó entre sus brazos y la acurrucó contra su pecho.

El calor del cuerpo de William envolvió al agitado de Sienna y, lentamente, los latidos de él le infundieron la calma que hacía años que ella no sentía. Las respiraciones se acompasaron, y entonces, cuando los corazones de ambos se sincronizaron en un galope suave, Sienna alzó la vista al tiempo que él descendió la suya.

Las miradas se encontraron y se fundieron en una necesidad que ambos ya conocían.

William, consciente de que se estaba por entregar al hechizo de ella, le observó los labios llenos y suspiró con hambre.

Sienna, al ver cómo él se rendía ante ella, apoyó una mano en la mandíbula de Hutton y, tras acercarse con lentitud, cerró los ojos —al igual que William— y, dejándose llevar, posó los labios sobre la sedienta boca de él.

Fue un beso casto, pero húmedo y caliente, en el que los alientos se entremezclaron en una clara exigencia de la que ninguno podría escapar.

Al recibir la boca de Sienna, Hutton se agitó al instante y, aunque se obligó a pensar por unos segundos, no fue capaz de dominar los gritos de su desesperado corazón. Hizo a un lado la razón y, aceptando la derrota, la apresó con ferviente pasión para devorarle

los labios.

Nunca había sentido el calor envolverle el cuerpo como en ese momento. Saboreaba la boca de Sienna con el hambre y la sed de quien vaga durante meses por el mundo sin destino. Su dulzura, embriagante, le regresaba la vida a su corazón que, indomable, latía con desenfreno.

Las lenguas, húmedas y calientes, danzaban al son de un fuego que desbordaba por cada poro de la piel. Sienna, rogando por más pasión, deslizó las manos por detrás de la nuca de William y enredó los dedos en el cabello de él.

Hutton, rendido a las exigencias de ella, la aferró por la cintura y, ardiente, la apretó contra su cuerpo para que ella comprendiera lo mucho que la anhelaba.

Sienna, al sentir la dureza del miembro de él, exhaló un suspiro lleno de deseo al que Hutton respondió con inmediatez. Ansioso, la acomodó boca arriba sobre la cama y se aproximó al cuello de Sienna para obsequiarle un reguero de besos intensos y calientes que iniciaron en el lóbulo de la oreja hasta descender a la clavícula.

Los suspiros, cada vez más agitados, llevaron a que Sienna tirara de las solapas de William, quien, veloz, se deshizo de la chaqueta y del resto de las prendas que le cubrían el torso. Los dedos de ella se deslizaron por el abdomen de acero de Hutton hasta que la respiración se le agitó.

William, hechizado por la pasión de Sienna, no tardó en liberarla con maestría de las prendas que la cubrían. Y verla fue el sumun del placer para el pobre de Hutton.

Sienna era una escultura, una deidad griega que había escapado del Olimpo para hacerse humana y jugar con él, un pobre mortal que —no tenía dudas— viviría el resto de su vida para venerarla. Hechizado, observó las líneas sinuosas del cuerpo femenino y juró

que sería capaz de lo que fuera con tal de perderse en ellas, en especial cuando se detuvo en los pechos blancos y llenos.

—Oh, Sienna…

Con el hambre desbordante, William se aproximó a la pechera de ella y la devoró. Besó cada seno, y los succionó con la suavidad y la pasión justas que Sienna necesitaba.

Los gemidos de placer brotaron de la garganta de ella, y entonces Hutton, embrujado por la melodía del deseo de Sienna, sintió cómo la llama indomable de la pasión tomó las riendas de su corazón. Se deshizo del resto de sus prendas hasta que ambos quedaron como Dios los trajo al mundo.

Con el deseo a flor de piel, Sienna exhaló. No era la primera vez que experimentaba el fuego en su cuerpo, mas nunca se había sentido tan libre, tan ella. Cada día de su vida se había entregado a una idea, a una esperanza, a una expectativa del amor. Sin embargo, Hutton no solo le había encendido el deseo, sino que también le había devuelto la calma de poder ser ella misma. Y jamás había soñado tanto con ser poseída por un hombre como sí lo había fantaseado con él.

Pero, para entonces, el destino la había guiado con sabiduría hasta el señor Hutton. Era un semidiós, una fiel imagen de los mejores guerreros espartanos. Sus brazos eran tan sólidos y torneados como sus piernas de acero. Y su rostro, masculino y regio, era la imagen con la que había fantaseado cada día desde que lo conoció. Lo tenía para ella, solo para ella, allí, frente a sus ojos, como el más perfecto adonis, y cuya mirada juraba una devoción y entrega como la que ella estaba a dispuesta a dar una vez más.

—William… —susurró jadeante, y estiró una mano para acariciarle el duro miembro.

Hutton observó la obra de arte que era la figura de ella y, al

descubrirla saborearse los labios en medio de la agitación de su cuerpo, no pudo resistir más.

Se acostó sobre ella y, al tiempo que se sumergió en los ojos de Sienna, se rindió:

—He caído, Sienna… He caído, pero solo por ti. —Y, despacio, la penetró.

En el instante en que el miembro de William se hundió en el sexo de ella, Sienna suspiró el placer sobre la boca de él.

El movimiento, al principio lento, llevó a que la miel de ella brotara y embebiera el duro miembro de William. Los jadeos contenidos se tornaron más fuertes, y entonces… Hutton perdió la noción de la sensatez.

El corazón de William se aceleró como el más indomable de los caballos cimarrones y, con este, la cadencia de las embestidas, que excitaron descontroladamente a Sienna.

Hutton, al sentir la estrechez y la humedad del conducto femenino, supo que no podría reprimirse más. Y así, al mismo tiempo que ella liberó el más ansiado de los éxtasis en una intensa exhalación, William acabó en el interior de Sienna de la forma más exquisita que solo un sentimiento profundo y sincero puede obsequiar.

Rendidos, ambos se dejaron caer sobre el colchón. Sienna apoyó el rostro en los pectorales de él y, hundida en un profundo estado de tranquilidad, se dejó vencer por el mundo de Morfeo.

William la contuvo entre sus brazos, contra su cuerpo, y la acarició, a pesar de que ella ya se hubiera dormido. Sin embargo, cuando estuvo también al borde de rendirse ante el cansancio, un papel —que estaba a punto de caer de la cama— le llamó la atención.

Con cuidado de no despertarla, lo tomó, lo desplegó y lo leyó.

Se tomó varios segundos para procesar la carta que Francis Jones le había escrito a Sienna, años atrás.

Al final, él siempre había estado en lo cierto. Aquellos dos no eran solo primos. De hecho, hasta dudaba de que lo fueran. Pero lo que sí era cierto era que Sienna y Francis eran pareja. Estaban —declarado en esa misma carta por Francis Jones— comprometidos.

Pero había otra gran realidad: aquella carta, la prueba que le daría el gran triunfo a él, estaba entonces en su poder.

Observó el papel, luego a Sienna y, tras suspirar, supo de inmediato lo que debía hacer.

Con el cuidado necesario para no despertarla, William se levantó de la cama, se vistió y, sigiloso hasta para el personal de lady Browne, se marchó.

Capítulo 9

—Como le he dicho, señor Jones, debe aguardar en la sala. La vizcondesa…

—¡No me diga lo que tengo que hacer! ¡Subiré esas escaleras y veré a Sienna ya mismo! —le replicó Francis al señor Smith al tiempo que lo hizo a un lado.

Acababa de llegar a Browne House y era la primera vez que el mayordomo no permitía que ingresara como si de su propia casa se hubiera tratado.

—Señor, no insista. —Se interpuso en el camino de Francis—. Lady Browne fue específica al decir que…

—¡Me importa muy poco lo que haya dicho Christine! ¡Sienna no es de su propiedad! —vociferó al pobre criado.

Avanzó a zancadas, dejando atrás a Smith, mas la voz de lady Browne le detuvo el paso.

—Y tampoco es tuya —aseveró con un tono de voz más alto que el de costumbre.

Jones alzó la vista e hizo una mueca de disgusto al ver a Christine descender las escaleras.

La vizcondesa, con un vestido ferozmente amarillo, avanzó directa

hacia Francis y, tras pedirle a Smith que se retirara, se frenó hasta quedar a solo tres pasos de él.

—¿Qué es lo que quieres? —Lo miró de arriba abajo, con desprecio.

Jones entrecerró los ojos ante el gesto, pero alzó el mentón para darle a entender que no le importaba.

—Quiero ver a Sienna.

—Eso no será posible —replicó fría.

Él rio, indignado.

—Christine, no compliques una situación que no lo amerita.

—El que ha complicado la situación innecesariamente has sido tú. Y si crees que después de lo que hiciste podrás acceder a Sienna como si de un objeto de tu pertenencia fuese, pues estás muy equivocado. Yo no lo permitiré.

Jones exhaló con violencia, pero trató de conservar la calma. No se trataba de una persona cualquiera, sino de la mejor amiga de Sienna, la única familia de ella.

—Entiende, no tuve elección. La propuesta del paseo por Hyde Park fue idea de uno de los caballeros con los que estaba. Hutton estaba escuchando la conversación y era una excelente oportunidad. De haberme negado, el acercamiento de Sienna a él habría llevado más tiempo. Al menos de forma pública, que es lo que nos sirve para ganar la apuesta.

Lady Browne lo observaba con fijeza y la vista entrecerrada. Cualquiera habría jurado que estaba lanzándole una maldición.

—Jugaste con Sienna. —Avanzó un paso.

Él suspiró.

—No, eso no es cierto. ¿Es que no lo entiendes? Fue solo una estrategia. Si ella no hubiera estado en peligro, Hutton probablemente nunca habría aparecido.

Y entonces la ira se apoderó de la vizcondesa.

—Cómo te atreves… ¡Cómo te atreves a insultar mi inteligencia! —gritó, lo que alarmó a Smith, que se acercó para asegurarse de que ella estuviera bien—. ¡Has puesto en peligro a una de las personas que más amo en esta vida! ¡No te bastó con haberla presionado a hacer lo que no quería, que te diste el lujo de arriesgar su bienestar! ¡¿Quién demonios te crees que eres!? ¡¿Y tú dices amarla?! —Se aproximó el paso que le restaba, pero Jones enseguida retrocedió—. ¡Ridículo! ¡Farsante!

—¡Ya basta, Christine! Ella no es una niña y sabe cómo funciona este negocio —la miró con rabia—, por lo que si estás haciendo este escándalo solo debe ser porque quieres tapar lo indefendible… —Clavó la vista en la vizcondesa—. No soy idiota. Está con Hutton, ¿verdad?

Christine levantó el mentón y, con marcada burla, le sonrió de lado.

—Smith —llamó al mayordomo, consciente de que estaba cerca de ellos—. Por favor, guía al señor Jones hacia la salida. Y si aun con tu ayuda no es suficiente, no dudes en volver a avisarme. Quizá alguien como el señor Hutton pueda guiarlo con más precisión —lanzó, picante.

El rostro de Jones ardía del fuego de la ira que lo había poseído, mas retrocedió y, tras girar para marchar solo hacia la puerta, soltó unas últimas palabras.

—Esto no quedará así. —Y se fue.

Astuta, lady Browne curvó los labios de forma completa y, aunque en un susurro que Francis no escucharía, replicó:

—Sin lugar a dudas, querido Jones. Esto no termina aquí.

***

Cuando Sienna despertó, la sonrisa con la que había dormido hasta entrada la tarde se le esfumó en cuanto notó que William ya no estaba a su lado.

Había fantaseado con él desde la noche en que sus miradas, desconfiadas, se cruzaron. Al principio, creyó que se trataba de una atracción por el misterio que él emanaba. Mas luego la curiosidad, la perspicacia y la perseverancia de William captaron su atención de forma peligrosa para, al fin, terminar rendida ante el acercamiento que él buscó en un intento por conseguir más información sobre Francis. Un acercamiento estratégico al inicio, pero que, para el infortunio de los dos, acabó por ser inevitable y del corazón.

Se vistió, se sentó en la cama, cerró los ojos y acercó las yemas de los dedos a los labios.

Era cierto: muchos hombres la habían besado, pero nunca ninguno de ellos había recibido los besos que ella sí le obsequió a Hutton. Besos auténticos, besos que brotaron de su deseo, de su corazón, sin pensar en agradar o complacer, sino solo en entregarse tal y como en realidad era. Él la había visto apasionada, enfurecida, reacia y, más aún, dominada por el miedo. Él, William Hutton, le había atravesado el alma.

De pronto, abrió los ojos. Era Christine.

—¿Sienna? —preguntó con un tono de voz bajo; creía que aún dormía.

—¡Oh, Christine! —exclamó con los brazos extendidos hacia su amiga.

La vizcondesa sonrió de oreja a oreja al verla tan feliz y, sin dudarlo, se sentó en la cama para recibir el abrazo.

—¡Sienna, Sienna, Sienna! —Se soltó del agarre para mirarla, pero la tomó de las manos—. Hace tanto tiempo que no te veía sonreír con felicidad verdadera...

La joven Leroy se sonrojó.

—Lo sé. Y si lo pienso, creo que fue bastante inesperado.

—No estaría tan segura de ello, pero ha llegado en el momento justo. Además, mañana por la noche es el baile.

Al instante, y con los ojos como platos, Sienna se puso en pie.

—¡Por todos los cielos! ¡El baile! —Caminó de una punta de la habitación a la otra hasta que se detuvo para mirar a su amiga—. No quiero que William pierda, Christine. No es justo, pues… —Pero no continuó, lo que descolocó a la vizcondesa.

—¿Qué ocurre? —inquirió lady Browne, pero no obtuvo respuesta.

Durante unos segundos, Sienna no se movió. No lo había notado, pero la caja de sus recuerdos había quedado abierta luego de que ella tomara la carta en la que Francis dejaba muy en claro que eran una pareja y que, de hecho, estaban comprometidos.

De inmediato, y frenética, comenzó a buscar entre las sábanas.

—Pero ¿qué te sucede? ¿Estás bien? —Se levantó por un momento.

Sienna buscó a los costados de la cama, pero no había nada. La carta había desaparecido.

—No… No puede ser. —Abatida, se dejó caer sobre el colchón.

—Me estás preocupando, Sienna. ¿Qué es lo que no encuentras?

—Christine, William se la ha llevado.

—¿Qué cosa? —preguntó con el ceño fruncido.

—La carta… La carta de años atrás, en la que Francis me pidió que nos comprometiéramos. —Suspiró y se tapó el rostro con las manos—. Lo sabe todo, Christine. William… ya lo sabe.

La vizcondesa respiró profundo y, tras acomodarse a su lado, le tomó las manos con suavidad y la guio para que la mirara.

—No creo que vaya a ser un problema, Sienna. Es claro que la relación entre Francis y tú era parte de sus sospechas.

—Pero yo no se lo confesé. Mantuve la farsa, aun después de haber estado con él, y…

—No te desesperes. De seguro es consciente de que no has tenido el tiempo para decirle la verdad. Sienna, ¡acabas de entregarte a él! No es un idiota.

—Eso es cierto, Christine: William no es ningún idiota. Y si lo piensas, ha conseguido lo necesario para ganar la apuesta… y mucho más. Con esa carta podrá acorralar a Francis y amenazarlo de delatarlo con participantes del pasado, a menos que le ceda el negocio del club de los solteros. Quizá lo mejor sea que me acerque a hablar y…

La vizcondesa ladeó la cabeza hacia un hombro y suspiró.

—No tiene sentido que lo hagas —la interrumpió—. Lo que sea que tenga que ocurrir, ocurrirá, Sienna. Confía. Confía en lo que dicte tu corazón y espera al baile de mañana.

—Pero…

—Hazme caso. Confía.

Capítulo 10

Había llegado el día del baile en Browne House y la tensión brotaba hasta de la gravilla.

La terrible y cegadora decoración en tonos amarillos —en la que tanto esmero había puesto la vizcondesa— habría sido el tema de conversación de lo poco que quedaba de temporada, mas no fue así.

Tras el escándalo en Hyde Park, los rumores y los comentarios acerca del accidente que casi sufrió Sienna —con la afortunada intervención de William Hutton— fue tan impactante que las miradas estaban expectantes a la llegada de los dos protagonistas.

Al igual que la mayoría de los invitados, lady Powell, con dos de sus hijas, observaban con atención el umbral del salón, pues, aunque lady Browne las hubiera recibido como anfitriona, la joven Sienna Jones aún no había aparecido. Y no importaba la gran cantidad de grupos que se hubieran formado. Cada uno de estos hablaba de lo mismo: la escena comprometedora en Hyde Park.

Sin embargo, en cuanto Hutton entró, más serio que de costumbre, todo el salón se silenció. Algunos lo observaban con atención y respeto. Pero otros, como lady Powell y sus hijas, lo miraban con una sonrisa llena de picardía. De seguro, todos esos

últimos serían los que se habrían enterado del viaje en coche y a solas que él y Sienna habían hecho luego del accidente con destino a Browne House.

Pero a Hutton no le importó. Seguro de sí mismo y con el mentón en alto, caminó hasta el centro del salón y saludó a Christine.

—Qué placer volver a verlo, señor Hutton.

—El placer es todo mío, lady Browne. —Se inclinó en una gentil venia.

Ella suspiró.

—De haber estado en privado, lo habría reprendido por tanta formalidad, pero como ya ve —con el abanico cerrado señaló el gran salón lleno de gente— no me queda opción que aceptar su tonta reverencia —comentó con tono amigable.

Él sonrió de lado.

—No se preocupe. El hecho de que no me ataque como en la noche del Drury Lane es halago suficiente para mí.

—No podría tenerlo en mejor estima, señor Hutton. No solo ha sido uno de los pocos hombres que no han sentido terror de esperar en mi sala limón, sino que además ha demostrado ser todo un caballero. —Se aproximó y, en voz baja, continuó—: Lo que ha hecho por Sienna tiene un valor inconmensurable.

Ambos se miraron con seriedad, pero antes de que cualquiera de los dos pronunciara una palabra, una vez más, las miradas se enfocaron en el umbral del salón.

Y no era para menos.

Sienna había llegado… y del brazo de Francis Jones.

***

Lady Browne le había ofrecido que estuviera con ella desde el

principio, pero Sienna, consciente de que no soportaría las preguntas ni las miradas inquisitivas de media Londres, prefirió entrar más tarde, cuando la primera pieza estuviera a punto de empezar y, por ende, el foco estuviera puesto en el baile.

Se alisó la falda y, tras respirar profundo, descendió las escaleras, aunque sin imaginar que, justo al bajar el último escalón, se encontraría con él.

—Estás preciosa, querida. Como siempre.

Francis, que recién entraba en Browne House, entregó el gabán y el sombrero a Smith, al que miró con marcado desprecio, y se dirigió hasta el inicio de las escaleras. Extendió una mano enguantada en dirección a Sienna, pero esta, con desdén, lo ignoró.

—Sobra decir que no entraré contigo —declaró al tiempo que se aproximaba al umbral del salón donde aguardaba el resto de los invitados.

—Pero deberás hacerlo —replicó él.

Se interpuso en el camino y así Sienna frenó el paso.

—¿Otra vez obligándome? —Rio indignada—. No tienes vergüenza, Francis. —Se hizo a un lado para continuar caminando, pero él, impaciente, resopló al tiempo que la tomó de un brazo, con una fuerza que molestó a Sienna—. Suéltame, Francis. No soy tuya.

Las palabras de ella eran terriblemente incitadoras para la ira que, en ese momento, él intentaba aplacar. Aun así, se esforzó.

—Si no entraste con tu protectora y anfitriona, deberías entrar conmigo. Eres *mi prima*, una señorita *decente* —remarcó medio irónico— y, por ende, llegar a un lugar sin la compañía correcta sería imprudente, Sienna.

—No me importa lo que los demás piensen de mí, Francis. Y muchísimo menos de ti.

Furiosa, se soltó del agarre y continuó avanzando hasta que un

nuevo comentario de él la frenó en seco.

—¿Tampoco te interesa la imagen de tu querida Christine? Porque, por muy libre que sea ella, no creo que la favorezca estar vinculada con una joven soltera que no solo viaja en coche y a solas con hombres solteros que no son de la familia, sino que también aparece sin compañía en fiestas en las que tenía que entrar debidamente acompañada.

Sienna tragó saliva. Sabía que a Christine le importaban muy poco esas cuestiones, mas no estaba dispuesta ella a provocar más problemas a su querida y fiel amiga, por más mínimos o insignificantes que estos fueran.

Desesperanzada, exhaló la frustración y se giró para volver a quedar de frente a él.

—Entraremos juntos, pero el resto de la noche no pienso volver a cruzarme contigo.

Perspicaz, Francis sonrió de lado.

—Como digas, querida. De hecho, solo espero que te enfoques en Hutton. Está en tus manos dar la estocada final… Y antes de la medianoche. No lo olvides. —Sonrió y le ofreció el brazo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sienna. Pero no quiso pensar de más y, de mala gana, aceptó el brazo de él.

Avanzaron con calma hasta el umbral, mas cuando lo atravesaron, los murmullos no tardaron en resonar en el salón.

Desde los más conservadores hasta los invitados más chismosos, como lady Powell, centraron la vista en ella. Y, aunque sabía que aquello podía ocurrir, lo último que imaginó fue esa reacción dado lo tarde que había escogido entrar.

De pronto, los instrumentos musicales comenzaron a prepararse para lo que sería el minueto y, justo cuando divisó a lady Browne, lo vio a él. La miraba con esa intensidad que podía sentir aun con los

ojos cerrados. Y el corazón se le aceleró al notar cómo, con paso decidido, se aproximaba.

William lucía un exquisito frac inmejorablemente cortado, que destacaba los anchos hombros y enaltecía las esculturales piernas. La oscuridad de la chaqueta y de los pantalones combinaba de forma armoniosa con la noche de sus cabellos y la intensidad de su mirada azabache, a la vez que resaltaba la piel nívea. Aun así, nada se comparaba con su andar masculino, seguro y elegante.

«Cálmate, Sienna. Cálmate y confía», se dijo a sí misma en busca de un control que, sabía, en realidad no poseía.

Por fortuna, Francis no se percató. Estaba demasiado centrado en el plan.

—A pesar de que aún no quiero enterarme del método que hayas usado, debo reconocer que lo tienes comiendo de tu mano —soltó Jones, mirando con fijeza cómo se acercaba William. Y continuó, altanero—: Aunque estoy seguro de que no habría sido así sin el encuentro en Hyde Park, ¿no crees?

Sienna entrecerró los ojos y, con indignación, lo miró fugazmente. Y agradeció que Hutton hubiera llegado antes de que se hubiera visto obligada a responder a Francis.

—Señor Jones —saludó William, cordial, y luego se dirigió a ella—. Señorita Jones. Es un placer verlos esta noche.

—No podía ser de otra manera, señor Hutton. De no haber venido, habría incumplido con una de las reglas del club.

William hizo una mueca de disgusto.

—Sin duda alguna esta apuesta es, para usted, en extremo muy importante, señor Jones.

Francis curvó los labios con soberbia.

—Definitivamente. ¿Acaso para usted no?

—Sí, también, aunque intuyo que con una perspectiva un tanto

diferente.

Arrogante, Francis se carcajeó de forma contenida.

—Disculpe, señor Hutton, pero en este tipo de negocios no hay más perspectiva que la de ganar o perder.

—Coincido, señor, solo que el dilema, para mí, no está en ganar o perder, sino en el qué se gana o se pierde. —Lo fulminó con la mirada, pero, para evitar que este replicara, de inmediato se centró en Sienna—. Señorita Jones, ¿me permite la primera pieza de la noche?

Ella, con un gentil movimiento de cabeza, aceptó y, sin siquiera echar un vistazo a Francis, tomó la mano de Hutton.

No quería mirarlo, pero el simple contacto la llevó a elevar la mirada de forma involuntaria hacia los ojos color noche de él.

William, aunque lo disimuló muy bien, necesitó tragar saliva, pues el corazón le estalló cuando ella, con ese océano gris e infinito, se hundió en sus ojos.

Y no importaron los murmullos. Tampoco las miradas inquisidoras que se clavaban en ellos a medida que avanzaban hacia el centro del salón. Sienna solo tuvo ojos para él, y William, solo para ella.

La primera danza de la noche, un minueto, comenzó. Y, aunque fueron muchas las parejas que darían de qué hablar —entre ellas, la de la hija menor de lady Powell con un excéntrico artista que apenas llegaba a Londres—, el dúo que formaron Sienna y William fue el foco de atención.

Cada paso, cada movimiento fue dibujado con exquisita precisión, aun cuando los ojos de él solo estaban sobre los de ella, y viceversa. La tensión y el magnetismo que destilaban, el uno por el otro, trascendieron sus cuerpos y encendieron el cuchicheo en el salón de lady Browne. Las conversaciones pasaron del acto heroico en Hyde Park a la indiscutible atracción que ambos, era evidente, sentían.

Y claro, los rumores no tardaron en llegar a oídos de Francis, quien —tratando de disimular la ofuscación que le produjo ver a Sienna tan entregada a Hutton— no veía las horas de que terminara el maldito minueto.

Al cabo de unos cuantos minutos, la pieza llegó a su fin, pero, a diferencia de las otras parejas que se acompañaron hasta los laterales del salón, William se despidió de Sienna con una intensa mirada seguida de una leve inclinación para luego marchar, con grandes zancadas, hacia una puertaventana que lo condujo a la terraza de Browne House.

Parpadeando más de la cuenta, la joven Leroy quedó pasmada ante la reacción de Hutton, mas no lo dudó y, sin importarle si medio salón la observaría ir tras él, se apresuró a salir en búsqueda de William.

Francis —que no había dejado de mirarlos— bebió una copa de un solo tirón y, tras ver cómo Sienna iba detrás de Hutton, caminó hasta dar con la mujer más chismosa de Londres, pues, por nada en el mundo, perdería la oportunidad de asegurarse «la estocada final».

Capítulo 11

Verla entrar en el salón había sido para Hutton tan impactante que no fue capaz de controlar su desaforado corazón. El vestido rosa pálido descendía en una falda que cubría las curvas con las que él soñaba cada día. Y, aunque el atuendo era más que apropiado, el corpiño ajustado lo llevó a suspirar de deseo. No obstante, la mirada gris y magnética de Sienna lo fue todo para William. No había explicación alguna para lo que aquella producía en él. Simplemente sabía que, cuando ella se sumergía en sus ojos, él caía de forma instantánea a sus pies. Y aunque al principio de lo que fue la temporada se lo negó a sí mismo, fue solo cuestión de unos meses —y de suspiros robados entre rosas— que él cayó ante ella.

Por supuesto que verla del brazo de Francis Jones no fue la imagen que más hubiera esperado en la noche. Aquel idiota ya le había hecho demasiado daño como para encima darse el lujo de tomarla por el brazo, aun cuando, en realidad, fueran pareja. Y ese detalle era lo que más atormentaba a Hutton.

¿De verdad Sienna aún amaría a Jones? ¿Habrían salido juntos porque ella lo había perdonado o solo por obligación? ¿Continuaría ella dispuesta a seguir con el plan de hacerlo caer?

No lo sabía y, aunque no dejaba de preguntárselo, su mente sabía muy bien lo que debía hacer. Sin importar lo que aquellos dos se trajeran entre manos, no cambiaría su decisión.

Y así fue como, con su clásica seguridad, marchó directo a solicitarle la primera danza. Ya habían bailado una vez, en Breton House, pero, en esta oportunidad, el deseo que se había sembrado esa noche había florecido en una tensión imposible de ignorar. Sumergirse en los ojos de ella fue suficiente para descubrir —o al menos creer desde lo más profundo de su ser— que Sienna también había caído. Solo restaba comprobarlo. Y la terraza de Browne House sería el escenario final del club de los solteros.

—¿William?

Hutton, que se había apoyado en la balaustrada de piedra, se giró en cuanto escuchó la dulce voz de ella.

—¿Sienna? —Avanzó un paso y sonrió, aunque de forma efímera. Recordó la carta y de inmediato bajó la mirada.

En cuanto vio cómo agachó el rostro y se detuvo, Sienna lo supo: debía hablar.

—Sí, soy Sienna, pero Sienna Leroy. —Caminó hasta quedar a unos pocos pasos de él. William, al escucharla, elevó la vista y la hundió en la de ella, que continuó—: Sé que te has llevado la carta y que, por ende, sabes la verdad.

Hutton observó la entereza con la que enfrentaba la situación, aunque podía jurar que el brillo que destilaban sus ojos reflejaba el temor que, en el fondo, sentía.

—Entonces no son primos.

—No. Solo es una pantomima para que Francis también pudiera participar.

—¿Con qué objeto?

—Impulsar a que se atrevan a apostar. Si él, que simula ser un

mal jugador, se atreve a participar, pues anima al resto a hacer lo mismo —confesó.

William hizo un gesto de desagrado.

—Qué bajo, aunque estratega.

—Cierto. —Lo miró por unos segundos; lo notaba más distante—. Pero tan perspicaz como tú. Al parecer simulaste mal de amores para poder entrar en el negocio. Y ahora que te has hecho con la carta, confirmo que tu objetivo no solo era ganar esta apuesta, sino acorralar a Francis, ¿verdad?

William sonrió de lado al tiempo que entrecerró la vista. Y avanzó un paso.

—No lo voy a negar. Mi idea era ganar la apuesta e investigar a Francis Jones a partir de lo que otros miembros, medio ebrios, me confesaron en White's. Y cuando vi cómo tú y él se relacionaban, pues… tuve claro que, acercándome a ti, podría encontrar la prueba de que era un estafador.

Ella tragó saliva. Aquella declaración había sonado más fría de lo esperado.

—Ya veo… Y la has conseguido. Con la carta.

William metió la mano en el interior de su chaleco para sacar el papel que condenaba a Jones y lo desplegó para que fuera evidente.

—Exacto.

Ambos se sumieron en un profundo silencio en el que las miradas se penetraron con intensidad. Sin embargo, fue él quien dio el próximo paso y cortó el aterido momento.

—Sé que también soy un hombre estratégico y que, con tal de lograr mis objetivos, he cruzado límites que, de seguro, mi antiguo yo habría reprobado taxativamente. Sin embargo, no me arrepiento, señorita *Leroy* —resaltó. Se guardó la carta y se acercó hasta quedar a un paso de ella.

El corazón de Sienna volvió a latir.

—¿Y podría saber el motivo, señor Hutton? —inquirió con la mirada enfocada en la boca de él.

—¿El motivo? —repitió al tiempo que, suave, le rozó una mejilla. Ella inspiró de golpe y la respiración se le agitó al sentirlo tan próximo—. El motivo, señorita Leroy, es porque gracias a usted he descubierto que el dinero no es lo más importante.

Sienna sonrió con timidez.

—No me diga que será capaz de reconocer que ha caído ante el amor…

—No hace falta. Ya se lo he confesado, ayer, antes de perderme en usted. —Ágil, envolvió a Sienna por la cintura y deslizó la otra mano por la nuca de ella para acercarla hasta quedar a la distancia justa en la que los alientos se entremezclaron de forma peligrosa—. Pero lo que sí he de reconocer es que, por usted, he sentido miedo por primera vez.

—¿Miedo? —Lo miró a los ojos.

Despacio, él asintió.

—En el coche, usted me preguntó si yo tenía algún temor, pero no le respondí. Y no lo hice porque, en ese instante, no me animé a aceptarlo. Pero lo cierto, señorita Leroy, es que entendí que el dinero no es lo más importante cuando temí perderla la mañana en Hyde Park. —Aproximó los labios a los de ella y continuó—: Si usted se hubiera caído, si usted se hubiera herido, yo…

Pero no alcanzó a terminar que ella, completamente rendida, le devoró la boca.

El beso fue profundo e intenso, y la luz plateada de la luna los iluminó, como si de una bendición del cielo se hubiera tratado. No obstante, una gruesa voz quebró el sagrado momento.

—Vaya, vaya… ¿usted está viendo lo mismo que yo, lady Powell?

Porque mis ojos no me engañan: veo a *una dama en apuros* —remarcó adrede.

—Al parecer, no hay dudas, señor Jones —respondió la mujer más chismosa de Londres. Y sonrió al tiempo que negó con la cabeza.

Sienna y William se separaron de inmediato para mirar al par que acababa de llegar.

—¿Lady Powell? —inquirió molesta, y luego se dirigió a Jones—. ¿Qué es todo esto, Francis?

Jones entrecerró los ojos y una media sonrisa lobuna se le dibujó en el rostro.

—Creo que esa pregunta debería hacerla yo, *querida prima*. —Luego miró a William—. Aunque creo que, por el tipo de caballero que es usted, señor Hutton, no dudará en hacerse responsable, ¿verdad? De hecho, y tras su heroica demostración en Hyde Park, podemos aprovechar el baile de lady Browne y hacer circular la noticia de su evidente compromiso. Creo que casi toda Londres lo espera. —Y, medio burlón, sonrió de oreja a oreja.

Sin embargo, William no perdió la calma y, tras curvar los labios con una perspicacia que perturbó a Jones, avanzó hacia él. Tomó la carta del interior de su chaleco y la extendió para que la reconociera.

De inmediato, el rostro de Francis pasó de una arrogancia repulsiva a un terror indescriptible.

—¿Qué es eso? —preguntó lady Powell tratando de enfocar la vista en el papel, pero cuando quiso aproximarse para leer con más atención, Jones la detuvo.

—Lady Powell, creo que el señor Hutton y yo deberemos atender asuntos de suma importancia. ¿Podré pedirle discreción hasta que llegue a un acuerdo? Si así fuera, estoy seguro de que lady Browne no tendrá problema en recibirla a usted y a sus hijas en la sala limón.

Ante la propuesta, lady Powell no tardó en sonreír y asentir. Y aunque quiso echar un nuevo vistazo a la carta, Jones la apuró hasta que esta volvió al interior de la residencia.

—Veo que tiene intenciones de negociar, señor Hutton —soltó con rabia, y echó una mirada fulminante a Sienna.

Ante el movimiento estratégico de Hutton, la joven Leroy se sintió confundida.

—Para usted, todo es un negocio, señor Jones.

Francis lo miró con seriedad.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Declararte ganador de esta temporada? ¿Formar parte del negocio? —Avanzó hasta que solo tres pasos los distanciaron.

Hutton suspiró con una sonrisa llena de amargura.

—¿Yo? Oh, señor Jones, lo único que quiero yo es seguir mi vida con Sienna —confesó.

—¡¿Sienna?! —repitió Francis parpadeando más de la cuenta y con una sonrisa de renovada alegría.

Indignada, la joven Leroy sintió una mezcla de emociones ante las intervenciones de los dos hombres —en especial por la fría, despegada y desagradable reacción de Francis— al punto de que necesitó apoyar la espalda en la balaustrada.

Aun así, Hutton la volvería a sorprender.

—Sí, pero como ella no es un bien de intercambio, señor Jones, no espero una respuesta de su parte. Además, no me atrevería a verla sufrir más de lo que ya ha padecido con usted, por lo que le exijo que ni se atreva a dar una respuesta.

Francis exhaló con ira.

—No lo entiendo. Entonces, ¿qué es lo que pretende hacer, señor Hutton?

William, tras suspirar, se giró hasta quedar de frente a Sienna y,

luego de fundir su mirada color noche con la gris e infinita de ella, le extendió el papel.

—Solo deseo que sea feliz. Pues entonces que sea Sienna la que escoja no solo su destino, sino también el del club.

Aturdida, la joven Leroy avanzó despacio y, aunque insegura, tomó la carta. La observó por unos segundos y unas densas lágrimas le cubrieron los ojos. No lo había visto: durante todo ese tiempo, había tenido el destino en sus propias manos, solo que en ese momento, y gracias a William, fue consciente.

Alzó la mirada, apuntó a Hutton y, aunque él le sonrió con una dulzura indescriptible, no tardó en bajar la vista, a la espera paciente de su decisión. Mas cuando miró a Francis, este no tardó en demostrar su desesperación.

—Sienna, querida mía. Sabes lo que siento por ti y esa carta de años atrás lo demuestra. Y como estoy seguro de que desearás ser justa, podemos compartir el dinero de esta temporada con Hutton y seguir nuestra vida, como lo planeamos. Yo…

Ella levantó la mano para que no continuara ni se acercara como pretendía.

—¿Ser justa? —Se carcajeó al tiempo que se cruzó de brazos, y el rostro de Francis se tornó blanco como un papel—. Tienes razón. Me gusta ser justa. Y como tú has sido todo lo opuesto al poner en riesgo mi vida, al exponerme a tantos años de espera, a tantos años de jugar con mi ilusión, pues creo que sé muy bien lo que es justo…, al menos para mí.

—Sienna, por favor. No pued…

—Si no quieres que Hutton y yo te expongamos ante todos los miembros del club de los solteros —lo interrumpió—, y me refiero a los de todas las temporadas, y tampoco deseas ser investigado por fraude, tendrás que aceptar mis condiciones. Por empezar, Breton

House pasará a ser mía. No me importan las razones que quieras exponer para no arruinar tu imagen ante la sociedad. En la medida que no perjudiques nuestras reputaciones, tendrás libre elección. Segundo, cederás el negocio a Hutton, a Christine y a mí, sin posibilidad de crear ningún negocio similar y aceptando mantener en secreto todas las cláusulas de las temporadas anteriores, como las de este nuevo contrato también. Ah, porque, claro, todo esto será puesto por escrito y con firmas incluidas.

—¡Sienna, esto no es jus…!

—Pero, por supuesto —volvió a interrumpirlo—, como el único soltero sin compromiso en esta oportunidad serás tú, pues te llevarás el dinero recaudado en esta temporada, aunque, dadas las irregularidades, devolverás a cada participante, con la excusa que desees, las veinte mil libras que invirtieron al inicio.

—¡Pero eso es una locura! ¡No es suficiente! —reclamó sudando más de la cuenta.

—Te llevarás cincuenta mil libras que, muy bien sabes, no te mereces. Y creo que es mejor que devolver la totalidad recaudada de todas las temporadas más no sé cuántos miles de libras extras por tú no haber cumplido con las reglas durante todos estos años. Por supuesto, sin tener en cuenta que podrías ser juzgado por fraude.

Se hizo un breve silencio en el que Hutton contuvo la sonrisa al ver a Francis enjugarse la frente.

Jones estuvo a punto de amenazarla, después de todo, ella también había formado parte del plan. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que Sienna nunca había firmado ningún papel y, perspicaz y aliada con el resto, podría librarse muy fácilmente de cualquier culpa de la que él intentara responsabilizarla.

—Está bien. No me dejas opción. Acepto. —Se giró para regresar

al interior y marcharse cuanto antes.

No obstante, a un paso de que cruzara la puertaventana, Hutton lo detuvo con la voz.

—¡Oh, Jones! Y no te preocupes: en cuanto Sienna y yo regresemos al salón, toda Londres se enterará del compromiso que cerrará la temporada.

Francis exhaló la rabia en un insulto ininteligible y, furioso, se esfumó.

Con los ojos desbordados en lágrimas de felicidad, Sienna se lanzó a los brazos de William, quien la recibió y envolvió con su calor.

—Creo que he dejado de ser *una dama en apuros*, ¿no crees? —resaltó, divertida, aproximándose a los labios de él.

Hutton, con picardía y sonriente, negó con la cabeza.

—Lo dudo. Tú también has caído…, pero ante las garras de tu nuevo prometido. —Y le devoró la boca con la devoción que ella merecía y que solo él, William Hutton, sabría demostrarle el resto de sus vidas.

Epílogo

Browne House. Diciembre de 1813

Querida Christine:

¿Se puede ser más feliz? ¡Yo creo que no! Y aunque no negaré que me encantaría estar en tu casa, bebiendo tu espantoso té, disfrutar del campo con mi querido William es mucho mejor de lo que siempre soñé.

Jamás podré olvidar nuestra boda, ni el desayuno de celebración con casi todos los miembros del club de la última temporada. Claro que no me ofende que el mequetrefe de sir Charles no viniera. Aunque esté felizmente unido a Eliza, mi intuición me dice que, de haber estado presente, habría hallado la manera de fastidiar el momento. Y la verdad es que ese día será uno de mis mejores recuerdos… Y digo uno porque…

¡Oh, Christine! Si la vida tardó en reunirme con el hombre de mis sueños, el tiempo me lo ha devuelto con el obsequio que nunca creí que iba a recibir.

Sí, Christine: estoy encinta. Y aunque es reciente, sé que crecerá fuerte y sano, pero, en especial, rodeado de mucho cariño, pues, si una cuestión aprendí de todos estos años pasados, es que el amor, en todas sus facetas, es el elemento clave y diferenciador en las personas.

En fin… No quiero que pienses que me he vuelto más cursi de lo necesario, pero, si así fuera, no me importa, ¡porque al fin soy feliz!

Aun así, no quiero dejar de darte las gracias por hacerte cargo del negocio. Con esta nueva noticia, tu ofrecimiento es esencial para nuestras vidas; estar tranquilos será muy necesario.

Oh, por cierto, ¿es verdad que accediste al pedido de lady Powell? Porque, si bien no dudo de tus capacidades que exceden lo terrenal, ayudar a una de sus hijas es, sin duda alguna, un gran desafío.

Como sea, ya me contarás en la próxima carta.

Por ahora, te dejo con este sabor dulce que, de seguro, tú esfumarás con alguna de tus enormes y ácidas galletas amarillas limón.

Te quiero con el alma.

Sienna

Tras sonreír de oreja a oreja por la felicidad de su amiga, lady Browne dejó la carta sobre su sillón limón predilecto. Miró el té, luego el plato de las delicias, que estaba vacío, y exhaló furiosa.

—¡Smith! —gritó, pero en cuanto terminó de hacerlo, descubrió que el mayordomo, parco como siempre, ya estaba caminando en su dirección.

Sonrió, contenta de que prácticamente él le hubiera leído la mente, y clavó la vista en el plato que él llevaba y que doblaba en tamaño a los de postre. De pronto, los ojos se le aguaron de la emoción y la voz casi se le quebró cuando Smith, tratando de contener la sonrisa, apoyó el plato en la mesita.

—Para usted, milady. —Fue todo lo que el hombre expresó, aunque era más que claro que reprimía la alegría.

—Oh, Smith… —Se llevó las manos a la boca para tratar de ocultar la felicidad, mas no tardó en tomar la galleta de tamaño colosal y dar un bocado digno de ella. Al instante, puso los ojos en blanco del placer. Tragó, se ayudó con un poco de té y, tras hacerse con el plato, se puso en pie para soltar unas últimas palabras—. Gracias, Smith. Siempre me haces muy feliz… —Caminó unos pasos, pero se detuvo para agregar—: Uno de estos días, siempre y cuando te apetezca, te invitaré a tomar el té… —Lo miró de arriba abajo, con intensidad—. Aunque en mi alcoba. —Y, curvando los labios al mejor estilo lady Browne, le guiñó un ojo.

Atónito y con el corazón en la boca, el pobre de Smith se quedó sin palabras y, solo cuando la vizcondesa lo dejó en soledad en la sala limón, fue capaz de replicar.

—Por supuesto, milady. Cuando guste. —Y esta vez, sonrió, pero de lado, como ella.

Agradecimientos

Quiero agradecer al Universo, a Lola y al equipo editorial. Si vivo mi sueño cada día con más alegría y plenitud, es por todo el apoyo y la confianza que me dan. ¡Gracias infinitas!

A Marcelo, por ser mi compañero y darme siempre la mejor historia de amor.

A Serena, mi princesa. Disfrutar de mi pasión a tu lado es la felicidad misma.

A mis hermanos, mis sobrinitos y cuñadas, ¡los quiero!

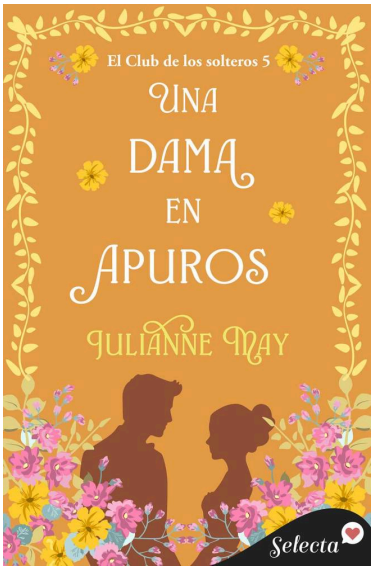
A mis amigas, Ale, Vale, Dami, Loli y Juli. En las buenas y en las malas. Siempre.

A mis maravillosas compañeras de camino, entre ellas, Elizabeth Bowman, Claudia Cardozo, Evangeline Cruz, Alejandra Macol, Christine Cross, y a todas las escritoras con las que compartimos sueños y proyectos literarios.

¡Y gracias eternas a ustedes, lectores! Al sumergirse en mis historias, hacen realidad mi sueño.

¡Por siempre, gracias!

La temporada termina y solo quedan dos participantes en el club de los solteros. ¿Ganará el amor o, una vez más, el dinero?



Sienna Leroy no es una mujer del montón. Y aunque la belleza y el talento la convierten en un imán de constantes miradas, sus ojos solo son para **Francis Jones**, el hombre al que ella considera su salvador y con quien creó el secreto club de los solteros. No obstante, el corazón de Sienna comienza a enfriarse cuando descubre que la ambición de Francis atenta contra el amor que los une.

Segura de que el lazo entre ellos prevalecerá, **se arriesga a una temporada más** en el club de los solteros, en el que, como siempre, también participa su querido Jones.

Sin embargo, el corazón de Sienna queda entre la espada y la pared al conocer en profundidad al último de los participantes: el colorido y **misterioso William Hutton**.

Ella deberá elegir su destino, y **Francis Jones tendrá que escoger** entre ganar el pozo acumulado o luchar por conservar el amor de su querida Sienna.

La temporada llega a su final, pero la pregunta ha cambiado: ¿qué triunfará esta vez? ¿El dinero o el amor?

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.

Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.

Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston* .

Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Julianne May
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-45-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una dama en apuros
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Julianne May
Créditos